

# Argumentos. Revista de crítica social.

## No 1

### La protesta social

Diciembre de 2002.

### Tabla de contenidos

Editorial	<a href="#">PDF</a>
Conversaciones	
<a href="#">Asincronía entre movimiento social y movimiento político</a> <i>Alfredo Pucciarelli, Ricardo Sidicaro</i>	<a href="#">PDF</a>
<a href="#">Una asignatura pendiente</a> <i>Alfredo Pucciarelli</i>	<a href="#">PDF</a>
<a href="#">La distancia sociedad-partidos</a> <i>Ricardo Sidicaro</i>	<a href="#">PDF</a>
Dossier	
<a href="#">Interpretaciones alternativas sobre el 20 de diciembre en Argentina</a> <i>Rolando Astarita</i>	<a href="#">PDF</a>
<a href="#">Argentina 1991-2001: Una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el país interior</a> <i>Norma Giarraca</i>	<a href="#">PDF</a>
<a href="#">Algunos ejes teórico-metodológicos en el estudio del conflicto social</a> <i>Inés Izaguirre</i>	<a href="#">PDF</a>
<a href="#">Modelo para armar: complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente</a> <i>Germán Pérez</i>	<a href="#">PDF</a>

## **Editorial**

El Instituto de Investigaciones Gino Germani, como espacio que concentra la investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, ha tomado la iniciativa de difundir los conocimientos y saberes que día a día se elaboran y acumulan - muchas veces sin alcanzar estado público - en este espacio vital para las ciencias sociales de nuestro país.

Así hemos decidido crear una revista electrónica que nos permita dar cuenta de la rapidez con la que se suceden los acontecimientos políticos y sociales en la Argentina.

Elegimos el nombre *Argumentos* porque deseamos que la revista refleje la naturaleza dialogal y controvertida de lo que pensamos y escribimos en nuestro Instituto. El impulso que concretizó viejas intenciones para la creación de un medio de expresión institucional propio, fueron los requerimientos que nos plantearon colegas europeos interesados en conocer la particular problemática social argentina, pero estamos seguros que nuestro aporte será también de interés y utilidad para diversas organizaciones académicas y sociales de otros países y, en especial, para las de América Latina y Argentina.

La revista tendrá una fuerte preocupación por el análisis de la coyuntura social y política que incluye dar cuenta de lo que sucede en el campo de la educación, la salud, el mundo del trabajo, la economía, en un estilo narrativo diferente al establecido como habitual en la comunicación académica.

*Argumentos* pretende hacer una contribución al mejor conocimiento de nuestra realidad pero ser también un instrumento pedagógico que permita contribuir a fortalecer el diálogo entre los numerosos miembros que dan vida a la comunidad académica de nuestro Instituto. Nuestras

disciplinas han sufrido de manera directa y en carne propia todos los avatares de la vida política del país; así, la preocupación por el estado del arte disciplinario y su inserción institucional es para nosotros una preocupación permanente.

En este sentido también pretendemos que Argumentos contribuya a la mejor comunicación entre espacios de investigación nacionales e internacionales, así como al fortalecimiento de nuestro propio campo del saber.

Todo primer número supone un reto y una aventura que esperamos poder sostener, reiterando la problemática de la coyuntura, en el tiempo largo de la historia social de nuestro país.

Pedro Krotsch  
Director

## **Asincronía entre movimiento social y movimiento político**

*Conversaciones* entre Alfredo Pucciarelli y Ricardo Sidicaro

Bajo el título "Asincronía entre movimiento social y movimiento político" el comité editorial de la revista **Argumentos** convocó a los investigadores Alfredo Pucciarelli y Ricardo Sidicaro a intercambiar opiniones en relación con los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del comité sobre este tema. Las *conversaciones* se desarrollaron el día jueves 14 de noviembre de 2002 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

La versión completa de los *adelantos de notas* "Una asignatura pendiente" de Alfredo Pucciarelli y "La distancia sociedad – partidos" de Ricardo Sidicaro, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación, están incluidos en este mismo número de **Argumentos**.

Las *conversaciones* constaron de tres partes: en la primera, cada uno de los investigadores expuso brevemente las ideas centrales de su *adelanto de nota*; en la segunda, cada uno realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con el *adelanto de nota* del otro; y, en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y críticas.

**Ricardo Sidicaro:** El título de la convocatoria, "Asincronía entre movimiento social y movimiento político", lo interpreté como la distancia entre la sociedad y los partidos políticos. Frente a este hecho me hice la pregunta: ¿por qué esa distancia? Y la mejor forma en que sabría plantear este problema es reformulando la cuestión del siguiente modo: ¿qué pasó en la sociedad para que se produjera esa toma de distancia

con respecto a los partidos políticos?

Quiero aclarar en primer lugar algo que no está explicitado en el artículo o que lo está sólo en parte, y es que creo que los partidos políticos no cambiaron mayormente y que lo que sí cambió notablemente es la forma en que la sociedad los ve. Los partidos, según mi opinión, fueron siempre como son ahora. Pero algo pasó en la ilusión societal con respecto a los partidos. Para poder fundamentar esto sostengo como primera cuestión –tal como suelo hacer cuando analizo cualquier problema argentino– que es necesario no creer que hay algo que pasa en la Argentina que es muy particular y extraordinario y completamente diferente de lo que sucede en otras partes del mundo. En consecuencia, intento recuperar tendencias compartidas o generalizadas en otras latitudes, en especial, de lo que llamamos occidente. Y lo que se constata en el mundo moderno es que el alejamiento de la sociedad con respecto a los partidos se registra hoy en muchos países. Se manifiesta como abstención electoral, como rechazo contra los partidos tradicionales y poca afección por los nuevos, se registra con encuestas que dicen que la gente cree hoy menos en los partidos. Bueno, todo eso se inscribe dentro de un proceso general de cambio de sociedad que corresponde a lo que Ullrich Beck denomina “la segunda modernidad” y que, entre otras características, supone el crecimiento del individualismo y la consiguiente mayor reflexividad social y de los sujetos. Cada vez más los sujetos piensan por sí mismos, dicen “yo soy yo” y, por lo tanto, se alejan de las identidades políticas, culturales y nacionales de otra época. Las identidades políticas eran un artefacto de dominación que pesaba sobre las personas en un grado tal que cuando se les preguntaba “¿vos por quién votas?”, contestaban “yo soy”. Entonces todo era una confusión y en lugar de responder sobre un comportamiento o conducta electoral el interrogado hablaba del ser. Fue algo común en la primera modernidad que las personas hablaran, y se

sintieran, formando parte de colectivos fuertes: una clase social, que otros se enfervorizaran con el magma ideológico de la nación y que, en general, se identificaran permanentemente con determinados partidos o ideologías de la derecha o de la izquierda. La primera modernidad también estuvo guiada por la existencia de la creencia en el Estado-nación, en el patriotismo y esto se dio junto con la conformación de fuertes identidades religiosas, étnicas, sexuales, regionales, políticas, etc.

La segunda modernidad revela, en cambio, un notable aumento de los individuos que tienen capacidad de construir biografía. Y si eso sucede, en gran parte, es porque se produce una desestructuración de los tejidos sociales de pertenencia y, en particular, de las formas de incorporarse al mundo del trabajo. A su vez, se tiende a la declinación del mito del Estado-Nación. En este sentido, la globalización es un elemento extraordinario para debilitar la creencia en las capacidades nacionales. Se ha heterogeneizado toda la cultura: muchas personas en distintos lugares del mundo pueden ser consumidores de los más diversos bienes o productos culturales al mismo tiempo, y así, sin casi darse cuenta, se salen de sus sociedades nacionales y se hacen cosmopolitas. No me interesa preguntarme aquí si eso es positivo o si es negativo. Tampoco me interesa, por ejemplo, si es positivo vivir toda la vida trabajando nueve horas dentro de una fábrica y estar contento por estar subordinado a un sindicato o un partido que propone identificarse con una clase social o con una patria. Nunca diría que tener esas ideologías es mejor que perderlas, simplemente, hago una constatación que me permite decir que buena parte de la sociedad se fue convirtiendo en más reflexiva de lo social, para emplear el término que la sociología ha impuesto en los últimos años.

Esa acrecentada reflexividad social es la que se encontró en la base del deterioro de la imagen de los partidos, pero no por lo que los

partidos hicieron, que sería otro objeto de indagación, que supondría decir que los partidos hicieron esto o aquello y, fundamentalmente, que la gente se dio cuenta que ya no la representaban, como sí anteriormente hubiesen sido maravillosos y fieles representantes de la ciudadanía. Esta posición supondría una teoría de la sociedad que, en pocas palabras, implicaría que hoy la política de los partidos cambió y que todo es supuestamente transparente para la sociedad que reaccionó en su contra.

A partir de aquí recorro en mi muy breve artículo algunos aspectos de cómo se fue dando el deterioro de la relación sociedad – partidos políticos, y me hago una serie de preguntas sobre los grandes logros en materia de modernización de la sociedad y de los individuos que resultaron: primero, de veinte años de democracia, de las prácticas y las ideas de una nueva realidad política e institucional que no transcurrió en vano. La democracia creó sujetos que salieron del estupidismo propio de la alternancia cívico-militar, creó sujetos que votaron sistemáticamente y creó sujetos que conocieron por primera vez de modo prolongado una situación de libertad de opinión. Se modernizaron los sistemas educativos, se modernizaron los esquemas legales de regulaciones familiares y todas las esferas de lo político y de lo institucional. A su vez, contradictoriamente, con el neoliberalismo se produjo la modernización económica que también ayudó al desarrollo de una nueva subjetividad, tanto en los beneficiados como en los perjudicados en materia de ingresos. Los más pobres vieron aumentadas sus carencias económicas pero perdieron sujeción política y sindical, y comenzaron a constituirse en lo que llamo los sectores populares posperonistas.

Las mencionadas dimensiones política y económica tienen efectos que podemos constatar en las acciones de sujetos capaces de salir a protestar a la calle. Por ejemplo, aquellos que van con una cacerolita a golpear diciendo que los bancos les robaron sus ahorros son personas

que, probablemente, nunca habían salido a protestar por nada. Y no son pocos los sujetos que están dispuestos a irse del país, porque no soportan sentirse tan estúpidos de creer que van a hacer un saludo a la bandera mientras los dejan sin trabajo, mientras les roban los ahorros, etc. Estos sujetos ganaron en autonomía.

En las personas pobres también se observa el mismo proceso y no sólo por el modo en que se alejan de sus anteriores obediencias o lealtades políticas. Siempre me gusta señalar que en los medios sociales pobres es en los que más se cambia de religión, que es la identidad más dura que existe. Y que se pueda salir de una religión e ir a adherir a Dios en otra religión es una manifestación extraordinaria de construcción de autonomía y de individualismo.

En mi artículo continúo señalando cómo mucha gente perdió en ciudadanía y ganó en autonomía, algo que es, aparentemente, una paradoja. Muchos perdieron en ciudadanía civil porque les robaron los fondos de ahorros o de jubilaciones o les afectaron negativamente sus propiedades; perdieron en ciudadanía política porque tienen mucho menos representación política o parlamentaria y el Estado ignora sus intereses y sufragios, etc.; y perdieron en ciudadanía social porque retrocedieron buena parte de sus derechos en materia de trabajo, de protección de la salud y desenvolvimiento del sistema público de educación, etc.

Y, sin embargo, esos sujetos, frente a esta dinámica excluyente, han ganado en autonomía cognitiva y en autonomía evaluativa. Y, como ganaron en autonomía evaluativa –y aquí mi artículo se relaciona con los temas que trata Alfredo Pucciarelli–, tampoco los atrapan los discursos de las protestas, porque no aceptan a unos jefecitos nuevos que vienen a decirles “vamos por acá, vamos por allá”. Muchos salieron con la ollita, golpearon y después que terminaron de golpear, hicieron catarsis, se fueron a la casa y por ahí volverán con la ollita otro día.

Pero difícilmente esos sujetos estén en condiciones de volver a creer en candidatos del tipo de los de la Alianza o que hay un jefe, que hay un grupo, que hay un líder, porque son personas que asumen su propia politicidad, sujetos que se comportan como individuos de la segunda modernidad y que no creen en la jerarquía y dudan de casi todo lo que existe.

El problema de la protesta podría haber sido abordado por otro lado, atribuyendo algunos sentidos fundadores de esas conductas. El problema que me interesa es, más bien, cómo se fueron emancipando los sujetos de las viejas identidades, cómo quedaron más libres. Porque si los sujetos no hubiesen quedado más libres, los veinte años de democracia hubieran sido en vano para el hombre y la mujer común y sólo serían celebrables para los dirigentes políticos, y los diez años de liberalismo económico solamente hubieran sido una cuestión de concentración económica. Los diez años de liberalismo económico abrieron notablemente al cincuenta por ciento de ingresos superiores de la sociedad la posibilidad de pensar –aunque sea para muchos en términos de cómo consumían, pero para todos significó una incitación o una posibilidad de pensar en más y en nuevas opciones– y al otro cincuenta por ciento de los más pobres los situaron en condiciones de existencia que, también, les condujeron a dudar de sus creencias tradicionales. Si se mira algunas encuestas, los que están más descontentos con la política son el cincuenta por ciento superior, el cincuenta por ciento inferior está relativamente menos insatisfecho con los partidos. A la pregunta “¿cree usted en nuevos partidos?”, la mayor parte del cincuenta por ciento inferior responde “no”. Nunca se puede saber el valor de las encuestas de actualidad, pero la mayor parte de los sectores más bajos siguen manteniendo su identidad electoral: van a ir a votar, como lo están anunciando muchos sondeos de opinión, por algún candidato del peronismo. La mayor parte del cincuenta por ciento

más alto está preguntándose qué va a hacer y son, por lo tanto, aquellos más propensos a manifestar sus dudas y angustias evaluativas. Pero los integrantes de ambas mitades de la sociedad se destradicionalizaron, políticamente ya no tienen adhesiones automáticas ni identidades como las de antes.

**Alfredo Pucciarelli:** En principio yo quiero aclarar que leí la consigna "Asincronía entre movimiento social y movimiento político" de modo distinto. Le asigné demasiada importancia, a lo mejor, al segundo término de esta ecuación y creo que Ricardo Sidicaro le dio mucha más importancia al primer término de la relación sociedad-política. Por mi parte, interpreté la noción de "movimiento social" en forma menos amplia, la relacioné con el conjunto de hechos y procesos que, sin ser políticos, ha estado generando la sociedad argentina últimamente, y me pregunté, qué asociación había entre esa producción social nueva, rica, diversa, extendida, que cruza sectores sociales y distinto tipo de actividades, por un lado, y la práctica política propiamente dicha, por otro. Y ahí apareció un tema que me preocupa especialmente, tanto desde el punto de vista académico como desde el punto de vista político, que es el de la fuerte asincronía que verificamos actualmente en el desarrollo de ambas instancias. Por eso la consigna original me pareció una oportuna provocación que nos incita a analizar las características y las causas de esa evidente falta de correspondencia. Cuando yo me refiero a política no estoy pensando sólo en partidos políticos, sino en algo más amplio, en la práctica política, en la producción política que nace dentro mismo de los movimientos sociales, y en la relación que hay entre aquellos que hacen política y política electoral, por un lado, y los movimientos sociales y la sociedad, por otro. Es una lectura diferente que lleva a abrir espacios diferentes de reflexión.

Hay que señalar, en primer lugar, que el saldo actual del proceso

de inserción en el mundo globalizado mediante el desarrollo de políticas neoliberales extremas en la Argentina es catastrófico. Y en segundo lugar, que si bien forma parte de tendencias mundiales, nuestra situación tiene, por esa causa, un altísimo grado de especificidad. El proceso de destrucción económica, de descomposición social y de vaciamiento institucional que viene asociado al predominio del capital financiero, a la liberalización de los mercados, a la destrucción del estado y a la distribución regresiva del ingreso es compartido por todos los países capitalistas periféricos pero en la Argentina parece haber alcanzado su mayor grado de desarrollo. Se ha convertido por ello en una especie de paradigma mundial del altísimo nivel de despojo a que puede ser sometida la gran mayoría de la sociedad durante su vigencia y de la máxima exacerbación de contradicciones y conflictos que genera durante su desarrollo. No hallamos frente a un desastre social inconmensurable. Cuando una sociedad como la nuestra llega a producir fenómenos de regresión social como los que hoy hemos visto y leído, consternados, en *Página/12*, pone en evidencia que se halla en un estado muy avanzado de descomposición social [Nota del editor: *Página/12* es un diario de circulación masiva que muestra en su portada del día 14 de noviembre la foto de un niño internado por desnutrición en un hospital en la provincia de Tucumán].

Me parece que esa cuestión no sólo es prioritaria en sí misma sino que debe marcar los puntos de partida y los criterios de análisis de la otra gran cantidad de problemas que ha generado la decadencia. Debemos tratar de entender cuáles son las características del proceso de descomposición y, a la vez, el rol que han desempeñado el Estado y las instituciones políticas tanto en su producción como en la generación sistemática de la gran cantidad de trabas y obstáculos que impiden a los sectores populares generar, difundir e imponer algún tipo de solución consistente. Nos hallamos frente a una carrera autodestructiva, y

aparentemente irreversible, tan prolongada que ha generado su propio imaginario, la ideología de la resignación y la impotencia, y sus propios ámbitos de reproducción. Exagerando los términos diría que la verificación de la decadencia y la aceptación de la impotencia se está convirtiendo en el *sentido común* que guía la percepción y la conducta de una buena parte de nuestra sociedad. Por ello el gobierno, que ha producido con sus aparentemente irracionales medidas económicas y sociales la etapa de mayores efectos desbastadores de todo el proceso de decadencia, se está dando el lujo de festejar como un gran logro de su gestión el hecho de que la economía haya detenido su decrecimiento, después de haber registrado un descenso del 18% en el último año. Y en ese contexto algunos medios y políticos han comenzado a plantear con absoluta impunidad la posibilidad de relanzar su candidatura presidencial. El llamado a elecciones y el contenido de la inmensa mayoría de las propuestas electorales forman parte de un intento complejo y multifacético de *naturalización* de la situación actual, de aceptación definitiva del nuevo escalón descendente en el que ha caído la sociedad, la economía, las instituciones, la política, la educación, etc.

Entonces mi mirada se coloca en una posición opuesta a la de Ricardo Sidicaro, porque yo busco entender qué papel han jugado en todo esto la política y los políticos. No hablo de proceso de modernización, ya que para mí no existió en la Argentina ningún tipo de proceso de modernización y sostengo que cuando nos referimos al proceso de globalización hay que tener cuidado de no generalizar, porque la Argentina ingresó en el nuevo sistema internacional con particularidades muy notables, que la llevaron a un proceso autodestructivo que es diferente por su magnitud, su profundidad y su ritmo de evolución al del resto de los países de América Latina.

El tema que a mí me preocupa es el de las responsabilidades. Yo creo que Ricardo Sidicaro se interesa mucho más en demarcar los

límites estructurales de la acción. A mí me preocupa mucho más analizar ciertas producciones, que entre comillas podríamos llamar “voluntarias”, capaces de generar una serie de hechos que tienen importantes consecuencias estructurales y simbólicas. Por lo tanto, intento ver cómo se está procesando esa situación ya mencionada en la que el colapso económico, la degradación social y el deterioro institucional han creado situaciones límites a partir de las cuales parece imposible continuar reproduciendo con un mínimo de eficacia los núcleos básicos de la vida social.

En ese sentido, me interesa sobremanera determinar el grado de responsabilidad que han tenido tanto el elenco corporativo político gubernamental como los partidos tradicionales en el diseño e implementación de las políticas estatales que produjeron la destrucción, el despojo y el estado de descomposición social actual. Y si los interrogamos de esa forma hallaremos que su práctica y sus propuestas no se hallan carentes de sentido sino, por el contrario, imbuidas de una nueva mezcla de fundamentalismo de mercado, combinado con altas dosis de pragmatismo y posibilismo. Por ello no me parece adecuado hablar de los partidos en general sino discriminar a aquellos que se hallan fuertemente comprometidos con la producción de la decadencia de aquellos otros que ha estado intentando, durante todos estos años, construir infructuosamente algo que tenga, precisamente, un sentido diferente.

Esta idea es la que me llevó a analizar el reciente intento de construcción de un frente político no electoral de carácter radical y alternativo en torno a la consigna “que se vayan todos”. Cuando uno registra los pormenores de esa frustrada experiencia, lo primero que sobresale es la enorme discrepancia existente entre la trascendencia de los propósitos enunciados y el alto grado de improvisación e inmadurez con que ese intento de construcción fue procesado. Y más allá de los

criterios que se utilicen para distribuir responsabilidades, la conducta errática de sus distintos protagonistas impone una pregunta más general: ¿por qué razón, en medio de una situación tan dramática como la que vivimos, el amplio sector de nuestra sociedad que quiere desprenderse de la extorsión neoliberal sólo genera propuestas políticas inmaduras, precarias, inconsistentes e incapaces de aunar, hasta ahora, sus buenas intenciones con la urgente necesidad que tiene ese sector de transformar la protesta en propuesta y encarnarla en un proyecto de construcción de un polo social y político alternativo a lo existente? Esta es la idea general del artículo.

De allí se desprende un gran tema que me parece importante retomar aquí. Analizando esta cuestión de las diferentes limitaciones que presentan las organizaciones populares para dotar de un sentido distinto y convocante a una posible propuesta de carácter contrahegemónico como la que intentó expresar la consigna “que se vayan todos”, he visto aparecer algunas dificultades específicas que tienen estos proyectos para constituirse en la base de movimientos políticos, relativamente sólidos, capaces de aglutinar a grupos heterogéneos, de establecer alianzas sociales, desarrollar políticas atractivas y convocantes. Y también para darle a estas formulaciones políticas alguna versión coyuntural que les permita ocupar un lugar importante dentro del escenario electoral.

Eso me parece que es producto de una cuestión que no han podido resolver los movimientos contrahegemónicos, ni acá ni en otros lugares, ni en el pasado ni el presente, que es instalar en el medio de la disputa del poder una cultura contrahegemónica consistente. La contradicción se da siempre entre la construcción de un partido testimonial que se concentra en preservar, difundir, trabajar y desarrollar los aspectos de la cultura contrahegemónica, pero con poca resonancia política, o aquellas alternativas que buscan una formulación

política más atractiva pero entran, tarde o temprano, en contradicción con los propios principios contrahegemónicos que le dieron origen.

Quiero mencionar también que esos tres tipos de procesos que registran tiempos de maduración sensiblemente diferentes se desfasan y generan contradicciones mal resueltas, que se exacerban en los momentos en que priman sobre el trabajo político general las convocatorias electorales. Esto genera una especie de retraso e inadaptación de las organizaciones populares que brinda la posibilidad de armar un conjunto de estrategias defensivas y de readaptación a una desacreditada partidocracia tradicional que parecía haber sido liquidada con las movilizaciones de repudio del último año. Así ocurre en el momento actual en que, después del desastre provocado, el elenco destacado y más comprometido de esta democracia corporativa encuentra un amplio espacio para producir mecanismos de relegitimación, o por lo menos de renovación electoral, en medio de la perplejidad en la cual se encuentran las organizaciones que no participan de esta dinámica porque no han podido resolver esta cuestión de los tres tiempos.

Y agrego, por último, dos particularidades de la Argentina. Una es de carácter social y tiene que ver con la impronta especial que le imprime a los movimientos sociales el intenso y rápido ritmo de descomposición que caracteriza actualmente a las relaciones, las estructuras, las clases y las identidades sociales del pasado. La gran velocidad del proceso de disolución de la trama social que contenía a los sectores marginalizados permite generar sólidas expectativas de recomposición y utilizar experiencias anteriores de organización y lucha que influyen decisivamente en la dinámica particular que tienen en la actualidad los movimientos populares.

La otra particularidad tiene que ver con la manera en que un partido que resuelve las tres primeras contradicciones –es decir, que

puede articular una visión más estratégica de la sociedad, con medidas coyunturales y con una propuesta electoral— logra la construcción de un poder alternativo real, y no sólo un poder electoral político alternativo, porque esto último es una ficción. El desafío es cómo se utiliza lo electoral para producir política alternativa. En Argentina, creo que las propuestas transformadoras del ARI y de otros sectores de izquierda no son creíbles todavía porque no se las considera factibles, y no se las considera factibles porque las organizaciones que las sustentan no parecen tener capacidad de generar nuevas formas sólidas de poder alternativo. Entonces suponen un riesgo que la gente parece reacia a asumir, a pesar de que se halla cada vez más acuciada por un conjunto creciente de necesidades acumuladas sin resolver.

**Ricardo Sidicaro:** El texto de Pucciarelli me pareció muy interesante, entre otros aspectos, porque encuentro que manifiesta lo que había pensado con respecto al crecimiento de las tendencias egocentradas de la conducta y el descreimiento general en las jerarquías y las legitimidades de todas las organizaciones partidarias nuevas o viejas.

En condiciones de disolución de la idea de Estado-nación, o del extremo debilitamiento de la misma, necesitamos reconocer lo difícil que se hace la política, porque una definición de la política debería ser “cómo hacemos para conducir la unidad estatal-nacional que existe”.

Mientras la unidad existió, aunque sea relativamente, los partidos se pelearon con mucha violencia porque creían que la entidad valiosa podía ser orientada hacia el lado “A” o hacia el lado “B”, pero en tanto más se producen estos procesos de descomposición a los cuales alude Alfredo Pucciarelli, más los partidos van perdiendo norte. Esto es comprensible, porque en las actuales condiciones qué sentido tendría luchar por orientar una situación de descomposición.

Esta situación les quitó a los partidos los valores colectivos fundantes y, entonces, cada uno de ellos fue pareciéndose cada vez más a una corporación separada de la sociedad, la mega corporación que nombra muy bien Alfredo Pucciarelli. ¿La mega corporación por qué hoy existe? Porque los políticos viven en el mejor de los mundos: la sociedad ya casi no espera nada de ellos. Y en la medida en que la sociedad no espera nada de ellos, ellos pueden centrarse sobre sus propios intereses. Son dos niveles de análisis distintos. En el nivel donde nos situamos la pregunta es: ¿qué pasó con los sujetos que se distanciaron de la política? Uno podría partir del supuesto de que la separación de los sujetos con respecto a la política permitió la agravación de estos comportamientos que pueden caracterizarse como autistas, o mejor, autocentrados, de los políticos.

En este sentido, también puede decirse que había una formulación tendenciosa, o un poco sesgada, en el título de la convocatoria a estas conversaciones, por el hecho de suponer que tiene que haber sincronía entre lo social y lo político. Eso es un supuesto porque puede haber perfectamente procesos en los cuales lo social gira hacia un lado y lo político hacia otro. Y un buen día todo eso se junta, puede estallar, no estallar, o viene el socialismo, caerse el socialismo, etc.

Los problemas que señala Alfredo Pucciarelli son distintos a los míos, porque en mi artículo –y en mis escritos en general– no me pregunto cómo podrían avanzar determinados tipo de actores sociales: estudio aquello que hay y me animo a hacer una mínima insinuación sobre las condiciones estructurales que existen, en las que eventualmente los sujetos tienen los límites de su acción. Si hubiese tenido que describir la sociedad argentina de 1980, nunca hubiese dicho que el fervor democrático iba a acontecer en el año 1983. El fervor democrático apareció por algo que pasó en el año 1982 y que volvió a constituir colectivos. Entonces, si hubiese hecho el análisis del año 1980

habría dicho que probablemente en esas condiciones de fragmentación, a pesar de que no había ningún fervor democrático, una interpelación democrática podría ser más eficaz que la de otras épocas. Estas personas que habían estado tan ligadas por el terror, podían sentirse individuos, y como eran individuos alguien les pudo decir ciudadanos. En cambio, las personas de los años sesenta o setenta se sentían pueblo, y el discurso que los interpelaba como ciudadanos les parecía ajeno, porque ellos creían que eran pueblo.

Se puede pensar entonces que hoy las condiciones son extraordinarias para el desarrollo de políticas de nuevo tipo en la Argentina. ¿Por qué? Porque tenemos más individuos reflexivos. No van a decir que quieren jefes, que quieren programas, que quieren nación, etc., pero sí dicen que quieren solidaridad social. Debemos reconocer entonces que autocentrado no es sinónimo de egoísta. Hay hoy una gran cantidad de individuos que defiende la democracia, y precisamente por eso es que insulta a los partidos y no al sistema democrático, y hay también una gran cantidad de individuos que está probablemente en una situación que podría ser recogida por un líder despótico. De aquí el carácter no valorativo de la individuación. Hay individuos que simplemente hoy reflexionan más, sobre todo en el cincuenta por ciento superior que es el que crea opinión. En ese cincuenta por ciento hay individuos que tal vez usen su libertad, su creciente autonomía y su pensamiento para buscarse cualquier cosa, eso nunca se sabe. Pero, probablemente, ese cincuenta por ciento debidamente interpelado es la base de una nueva política. Nadie podría saber qué política, pero si a mí me dicen que hoy los interpela el "Perro" Santillán, diría que no creo que se reconozcan en esa interpelación. Porque entre la interpelación del "Perro" Santillán y la de Domingo Cavallo, la mayor parte de la gente siguió a Domingo Cavallo. El sector más alto, con sus cuestiones evaluativas, es el que aparece más contrario a la política. En el sector

más bajo, en cambio, aun cuando las cuestiones evaluativas también existen, la tradición peronista es mucho más fuerte. Por eso a medida que uno desciende en la estructura social se encuentra con gente más apegada a las viejas identidades. Pero hasta aquí llega la reflexión sociológica, no sé sacar sobre la base de esto ninguna conclusión con respecto al lugar hacia donde debería ir la sociedad.

**Alfredo Pucciarelli:** A mí me parece, Ricardo, que hay un tema que nos diferencia en el enfoque cuando tomamos la misma porción de la realidad. Aún frente al mismo tipo de problema, nos diferencia el enfoque. Yo creo que en el pasado, y mucho más en el presente, la política ha sido una gran productora de sentido y ha sido una de las actividades de la sociedad más importantes en la construcción del mundo social que hoy tenemos. Por lo tanto, hay un problema de la responsabilidad: la responsabilidad institucional de los partidos, la legislatura, los elencos gobernantes o de los núcleos dirigentes. Y yo creo que éste es el dato fuerte: el saqueo, o sea, el alto grado de destrucción y decadencia que nuestra sociedad muestra como diferencia respecto de otras sociedades periféricas también insertas en el proceso de globalización. Nada de lo ocurrido en nuestro país hubiera sido posible sin el altísimo grado de articulación corporativa que se estableció durante el período democrático entre los productores de políticas institucionales, los productores de mercancías y los productores de sentido.

En el caso de la política, generalmente se plantea el tema en relación con la corrupción y la articulación de intereses compartidos. A mí me parece que es un componente, pero ése no es el decisivo. Lo central, y esto tiene que ver con tu reflexión, creo que está en el papel político de la política en la Argentina para la producción de lo que yo, precariamente, llamo el despojo simbólico. Al despojo material, al

despojo institucional, a la disolución de redes de relaciones, etc., se suma un minucioso y complejo trabajo de reconversión, fragmentación y frivolidad del pensamiento que se traduce no sólo en la eliminación de proyectos sino en la disolución de las condiciones de generación de todo proyecto. Es un estado de resignación desesperanzada del cual no son ajenas, entre muchas otras cosas, la inmediatez, el presentismo y la pérdida de la percepción de la dimensión histórica de los procesos históricos, privación que impide recuperar positivamente las experiencias colectivas de transformación del pasado e imaginar otras circunstancias y otros mundos posibles.

Por eso mi imagen es exactamente la opuesta a la tuya. Yo creo que junto con el pensamiento único aparece la ideología del posibilismo, de la cual todo el mundo habla fragmentariamente pero nadie todavía ha registrado y analizado adecuadamente. Yo creo que la política produce un proceso de ruptura negativa, no positiva, de imaginarios porque quiebra, además de identidades, fundamentalmente voluntades. Para mí el grave problema que sufre la sociedad argentina es que se quedó sin voluntad de transformar aquello que ha sido montado para hacer posible el despojo, paralizada por esa especie de *nuevo sentido común* que combina de distintas formas desafección, inseguridad, miedo al futuro, descreimiento e impotencia. Por ello, ese monstruoso monumento a la cínica perversión que genera la adopción del posibilismo como fundamento de la política, enunciado como la "necesidad de establecer relaciones carnales con los Estados Unidos" fue asumido como política de Estado y tolerado pasivamente por una gran parte de la sociedad, en medio de la artificial euforia consumista que caracterizó a la primera etapa del menemismo.

Aunque parezca en principio extraño, uno de los más importantes productores y difusores del posibilismo ha sido Raúl Alfonsín. Si se observa la relación que establece entre pensamiento y acción se puede

verificar una intención mucho menos escandalosa que la que expresa la fórmula anterior pero igualmente paralizante y perversa. Para afrontar las grandes cuestiones que enfrenta la nación propone objetivos y reformas que son generalmente superadores de la situación existente pero en el momento de transformar los postulados en acción decide por lo contrario, amparado en el reiterado argumento de que se ha modificado la correlación de fuerzas y las reformas siguen siendo necesarias pero imposibles. Piensa y propone ampliar el mundo de los posibles pero actúa negando abiertamente su posibilidad real, el pensamiento deja de ser una guía de la acción para convertirse en una especie de inútil ejercicio utópico, en un productor de vacío que deja sin sentido y vacía también a la propia acción política. Pero es necesario establecer que ese tipo de operación ideológica no es producción política, es parte de la gran variedad de acciones destinadas a justificar la lógica de un tipo de poder que no se alimenta de la explotación sino de la exacción y el despojo.

La producción política propiamente dicha se define siempre por lo contrario, por la capacidad de imaginar y abrir nuevos horizontes dentro de las condiciones históricas de lo posible. En nuestro caso, lo que ha producido la política que vivimos estos últimos veinte años es la construcción de la frontera de lo imposible. ¡Y esto debería ser al revés! Por eso, en relación con lo que vos, Ricardo, mencionás como un proceso de individuación, yo creo que la cuestión es exactamente la contraria: es un proceso de unificación de las personas en un colectivo absolutamente desprotegido de elementos para poder relacionarse con la realidad y generar voluntad. Voluntad de pensar, voluntad de cambiar, voluntad de producir, etc. Por lo tanto, esos otros cambios que deberían haber aparecido con el desarrollo de la democracia no tienen consistencia, no existen y, si existen, se hallan totalmente subordinados a la otra dinámica, que es la dinámica del despojo, la dinámica del no

poder, y por eso no tienen casi relevancia. Aún dentro de ese cincuenta por ciento de la población desafectada de la política que vos, Ricardo, estás mencionando.

Además, tendríamos que analizar la conducta del otro cincuenta por ciento y su incidencia, pero esa es otra discusión. Por lo pronto quiero decir que a vos te parece que dentro de ese cincuenta por ciento que ha sufrido parte de un proceso de individuación, las personas se colocarían de una forma diferente frente a las instituciones, el poder y todo lo demás. Yo también creo que se encuentran de una forma diferente, pero distinta a como vos la pensás, porque las personas están despojadas. La palabra es justamente despojo. La sociedad Argentina no sufre explotación: está sufriendo despojo. A la gente le están quitando lo que tiene acumulado de hace cien años atrás. Y no hay forma de enfrentar el despojo, no la explotación que es otra cuestión. ¿Por qué no hay forma de enfrentar el despojo? Yo no creo que eso se deba a que haya un proceso de individuación. Me parece que es porque hay una unificación, más que una individuación, a través de factores que paralizan. Y, entonces, en ese efecto paralizante que tiene esta ideología del despojo es donde yo ubico la fractura entre el movimiento social y el movimiento político.

Hasta ahora, protestar es posible porque no es arriesgado. Nadie arriesga protestando. Todavía queda un rasgo de voluntad para enfrentar protestando, pero hay miedo de enfrentar a la propia responsabilidad de construir algo que implique un riesgo. En ese caso, el poder dejaría de ser un interlocutor al que es necesario interpelar para reclamar y sería, en cambio, un enemigo a quien desplazar mientras la tarea de interpelación se dirige hacia otro lado, a la consolidación de un nuevo conglomerado social y político que se haga cargo eficazmente de esa tarea. Uno sería Lula. Me parece que la sociedad no quiere construir una alternativa que coloque a un Lula como el responsable de construir

una política nueva enfrentando al poderoso, al grandote del barrio, para decirlo utilizando una difundida metáfora del menemismo, porque aun en el caso de que hubiera voluntad no parece haber posibilidad de generar el caudal de fuerza suficiente.

**Ricardo Sidicaro:** Lo que suelo pensar, en general, no se basa en una distinción que indicaría “aquí está la estructura y aquí está la acción”, porque no creo en esas diferencias. Pero lo que me pregunto es: ¿la gente va a trabajar todos los días?, ¿se crea un tejido laboral que luego es un tejido social?, ¿se crea un tejido de solidaridades?. Esa gente probablemente tendrá un tipo de conciencia correspondiente a los procesos en los que participa. Buena parte de esta gente está desocupada, buena parte de esta gente está flexibilizada, buena parte de esta gente está en todas esas situaciones a las que nos referimos y probablemente se encuentren en ese proceso de individuación.

Se puede decir que ciertas condiciones de la práctica de los sujetos llevan a su forma de pensar. Esa manera de plantear el problema, en el mundo contemporáneo, se está haciendo muy generalizada. Cada vez más aparecen las personas que cuestionan las tradiciones de distinto tipo: de los partidos políticos, culturales, religiosas, folklóricas, etc. En todo caso, aquí la gente terminó mostrando una asociación fuerte entre individuación y protesta, los que salieron a protestar contra los partidos por los cuales habían votado siempre, salieron a protestar contra los políticos a los que ellos daban su voto. Esto indica que esos sujetos no son ni pasivos.

En la medida que la voluntad existe o no en política, son los constructores de política aquellos que pueden reorganizar voluntades. Es muy probable que los viejos organizadores de voluntades políticas hayan quedado descolocados, en principio, frente a cómo es la sociedad, y luego hayan incentivado saqueos por medio de la fragmentación,

exclusión, vulnerabilidad, etc. Todas esas palabras que usamos siempre están fuertemente asociadas a individuos que se encuentran cada vez más aislados. Y los individuos que se encuentran cada vez más aislados tienden a reflexionar cada vez más, bien o mal, por sí mismos. Por eso uno podría decir que en las condiciones de anomia durkheimnianas, pudo salir el nazismo o podría salir cualquier otra cosa. No tiene por qué creerse que eso tiene un sentido.

A partir de lo que Hirschman llama "estrategias de protesta, estrategias de salida y estrategias de lealtad", me atrevería a decir que hay un verdadero partido que aquí ha decidido irse de la Argentina. Es decir, hay una gran cantidad de gente que en lugar de protestar se va: vota con los pies. Otros individuos, en lugar de tener una conducta de lealtad, prefieren protestar. Y la conducta de lealtad prácticamente va desapareciendo. Las fuerzas políticas tienen muy poco atractivo como para generar conductas de lealtad. Puede decirse que esto se observa no solamente en las fuerzas políticas: las encuestas revelan que también la credibilidad en casi todo –y eso que las encuestas no son el medio más idóneo para registrarlo– va cayendo. En cualquier proceso de cambio social donde se agudiza o se radicaliza una etapa, llámese "la democracia o la modernización excluyente", no necesariamente aparecen corrientes sociales constituidas sino que aparece ante todo aquello que ya estaba ahí, fragmentado, pero que se desprendió de lo que lo sujetaba. Sobre todo estas protestas, más que crear un movimiento social, lo que muestran es la acción espasmódica de numerosas personas, que son la punta del iceberg de una situación de descreimiento. Que el descreimiento sea funcional para el sistema, puede ser, ¿por qué no va a ser funcional para el sistema? Lo que no podría decirse es que el sistema predique el descreimiento, porque entonces tendría que pensarse que el sistema es un hombrecito que tiene estrategias. Sí puede decirse, en cambio, que unos predicen

descreimiento y otros predicán otra cosa. Por ejemplo, unos para ganar plata predicán rebeliones, otros para ganar plata predicán aislamiento y posibilismo. Eso es la sociedad plural. Hoy las personas tienen todas las posibilidades de escuchar entre las seis de la mañana y las diez de la mañana, a periodistas que los invitan a reaccionar y a periodistas que los invitan a que no reaccionen.

Lo que tiene de interesante este proceso es que, o bien es una transición hacia la aparición de algo nuevo, o bien es una transición de las propias fuerzas políticas que están sufriendo esto: están todas fragmentadas, no saben qué hacer, carecen de discursos, tienen muchos candidatos y los que tratan de establecerse no puede hacerlo, porque le están hablando a la historia vieja. Quieren interpelar a la clase obrera cuando, en realidad, ya no está. Quieren hablar de un sentido de recuperación de la nación cuando, en realidad, se disolvió la nación. La política tendría que ser hoy la posibilidad de encontrar el lugar donde se constituyen esas voluntades, sin quedar atrapado en creer que el futuro es como al pasado. Uno puede decirlo, porque es muy fácil y hasta poético decirlo, pero se da cuenta que hoy es muy difícil hacerlo. La política se construye desde dos lugares distintos: desde actores sociales constituidos en la sociedad, a los cuales se les hace la representación política –UCR se llamó eso en su origen–, o desde el Estado, donde se hace una interpelación para juntar fuerzas –como fue el caso del peronismo–.

En esta época parecería mucho más difícil construir política desde un tejido social deshilvanado. En cambio, por ejemplo, cuando Perón dijo “trabajadores” no dijo ninguna novedad. Si eran todos trabajadores, ¿qué iba a decir?, ¿los iba a llamar por el nombre? Hoy, en cambio, si alguien quiere convocar va tener que llamarlos por el nombre, o los va a tener que llamar por atributos negativos: humillados, hundidos, etc. Y esto es lo menos positivo para hacer política. Entonces, la interpelación

que constituía a los sujetos en el trabajo no está y hay ahora más bien una dificultad sobre dónde está la construcción simbólica de los sujetos que luego deberá recoger la política. Una interpretación distinta diría: la política debería tener el poder performativo para construir esos sujetos. Esa otra interpretación pero, según mi opinión, naufraga.

¿Se podrá interpelar a las personas hoy desde la solidaridad social? Yo creo que sí, y justamente porque son individuos. Se puede crear, quizás, un nuevo partido con personas de las clases altas, las medias, las bajas, etc., que velen por el discurso de la solidaridad social. Eso que vos hoy viste en diario *Página/12* le duele al conjunto de la sociedad.

**Alfredo Pucciarelli:** No opino lo mismo.

**Ricardo Sidicaro:** ¿No?, ¿Cómo? Entonces hay que considerar que hay personas en las clases altas que festejan eso.

**Alfredo Pucciarelli:** No, no digo que festejen, digo que son insensibles. Me consta. Son gente que no tiene la más mínima preocupación por el otro.

**Ricardo Sidicaro:** Pienso que una correcta interpelación al conjunto de la sociedad de una fuerza política nueva podría crear, en las condiciones sociales actuales, quizás, una fuerza que junte a todas las personas que efectivamente pueden colocarse en el lugar de la solidaridad social. ¿Digo eso para relacionarlo con qué? Para relacionarlo con el problema de la dificultad de la interpelación hoy: la dificultad de la interpelación es que la interpelación tiene que ser mucho más creativa y no puede recoger estructuras, porque las estructuras no presentan sus rasgos con claridad hoy como para que uno las nombre. Esto se llama oferta de bienes políticos, oferta de bienes

transmateriales. La oferta de la Alianza, haciendo la oferta transmaterial de la pureza administrativa en contra de la corrupción, mostró que podía hacer una buena convocatoria, pero luego fracasó. La oferta de bienes que corresponden a la política de nuestra época es la oferta de bienes transmateriales.

**Alfredo Pucciarelli:** Muchas reflexiones me provoca este discurso. Tomo ahora solamente la última. Yo creo que hay una discrepancia en el modo en que entendemos el tema de la fragmentación. Me da la sensación que vos, Ricardo, combinás fragmentación con individuación de modo tal que la sociedad queda casi constituida por una pléyade de individuos. ¿Cómo entiendo yo lo que decís? Hay individuos de todas las clases sociales que podrían responder al unísono sobre una misma interpelación. Lo que predomina ahí es un carácter individual y no un carácter social.

**Ricardo Sidicaro:** No, porque, por ejemplo, cuando Perón interpela en nombre de la nación, logra que en esa interpelación se reconozcan incluidos individuos de todas las clases sociales.

**Alfredo Pucciarelli:** No, interpela contra la oligarquía. El pueblo contra alguien.

**Ricardo Sidicaro:** Sí, pero eran individuos de todas las clases sociales. De todos modos, en general no uso las referencias a las clases sociales porque creo que actualmente no cabe hablar las clases sociales.

**Alfredo Pucciarelli:** Ese es el punto y creo que es la discusión que no está hecha. Es cierto que no hay identidades, o para ser más precisos, que hay un proceso de disolución de identidades, pero eso no quiere decir que haya un proceso de extinción de las clases. Yo creo que

hay una diferencia muy grande entre una y otra afirmación. Estamos viviendo un momento de la historia en el cual se da esa relación contradictoria porque las clases no pueden construir identidades. Yo no sé si la pérdida de la identidad va a llevar a la disolución de las clases, o esa nueva forma de ser de las clases generará nuevas formas de identidad. Pero dejamos esta discusión, si te parece, Ricardo, para otra oportunidad.

**Ricardo Sidicaro:** Bueno, el tema nos llevaría demasiado lejos y ya no hay tiempo. La dejamos para la próxima.

## Una asignatura pendiente

Alfredo Pucciarelli

Durante los dos últimos meses se han incorporado al escenario político nacional dos nuevos e importantes elementos: el ciclo de la rebelión popular iniciada el 20 de diciembre ha comenzado a agotarse sin haber podido modificar ni conmover siquiera a ninguna de las instancias estratégicas de la rígida estructura del poder político corporativo gestado durante el largo período anterior; ante esa comprobación una buena parte de la sociedad argentina ha comenzado a habituarse a sobrellevar penosa y resignadamente los efectos de una compleja "crisis orgánica" que agrega a la destrucción económica y la decadencia social un agudo proceso de descomposición institucional.

A la total ilegitimidad política de las estructuras y elencos comprometidos con la instauración del anterior consenso neoliberal se suma ahora un enorme vacío de representación política de las demandas generadas por las organizaciones populares durante la rebelión que ha sido "sabiamente" aprovechado por el gobierno nacional para organizar su retirada e iniciar un proceso de recomposición, sin legitimación, del régimen político tradicional. Ha utilizado para ello una amañada y parcial convocatoria electoral destinada a elegir en un plazo perentorio una nueva fórmula presidencial que, a pesar de sus defectos, de los objetivos que encubre y del estado de descomposición de los partidos políticos que pone en evidencia parece haber sido bien aceptada por una gran parte de la sociedad.

La convocatoria modificó el escenario político, quitó la iniciativa a las organizaciones populares y les planteó en términos urgentes un problema crucial que pese a su decisiva importancia había sido

prácticamente desestimado: cómo elaborar desde la lucha social sectorial objetivos políticos convergentes y diseñar a partir de ellos una amplia convocatoria de unidad política capaz, a la vez, de articular en un solo movimiento los aportes de cada una y aunar en un solo tipo de respuesta electoral, diferente y claramente opositora, a las voluntades de cambio crecientes pero aún dispersas.

### **Ofensiva y fracaso de la iniciativa popular**

Cuando el problema irresuelto había comenzado a producir grandes discusiones internas y una ríspida polémica entre las distintas organizaciones, surgió una propuesta que neutralizó temporalmente el enfrentamiento. Por iniciativa de algunas de ellas, se conformó un grupo con las más importantes organizaciones populares y partidos de izquierda y centro izquierda que trató de enfrentar el desafío lanzado por el elenco corporativo político-gubernamental impulsando un ambicioso proyecto que hubiera podido modificar el estado existente de correlación de fuerzas entre ambos bandos si no hubiera resultado ser, además de audaz, inconsistente. Se trató de poner en marcha una gran ofensiva popular de carácter nacional destinada a forzar la suspensión de la convocatoria electoral e imponer en la práctica la consigna "que se vayan todos", máxima e insistente reivindicación de las luchas sociales anteriores.

Para ello se diseñó un amplio plan de movilizaciones que comenzó promisoriamente pocos días después con importantes manifestaciones en distintos lugares del país y culminó en una gran concentración de gente en la Plaza Congreso de la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, la amplitud de la convocatoria no pudo disimular que el nivel de consenso y coordinación de las organizaciones responsables se hallaba inexplicablemente muy por debajo de las exigencias de la acción. A

pesar de la gran cantidad de gente reunida y de la necesidad de justificar, explicar y traducir políticamente la consigna general, no se emitieron discursos debido a que los organizadores no pudieron ponerse de acuerdo en la designación y el orden de exposición de los oradores.

La primera experiencia puso en evidencia que el esfuerzo unitario sólo había logrado reunir en un mismo ámbito territorial y con una misma consigna un conjunto de fuerzas segmentadas, compartimentadas y además enmudecidas, tan heterogéneas o divergentes que no habían podido satisfacer los requisitos mínimos de una dinámica política como esa: no pudieron elaborar un breve discurso compartido y mucho menos mostrar un elenco mínimo de dirigentes representativos. En el lapso posterior, algunos referentes mediáticos de distintas agrupaciones trataron de cubrir ese vacío explicando “al público televidente” el sentido de la iniciativa y, de ese modo, la apelación mediática volvió a reemplazar nuevamente a la convocatoria política.

En el mismo momento se generó en el interior de cada fuerza y en el espacio de concertación que intentaron construir en conjunto un debate soterrado y una disputa sobre los pasos, la metodología y los contenidos del trabajo futuro que al no ser resueltas en ninguna dirección dejaron el movimiento a la deriva y en franco proceso de descomposición. El aceptable nivel de adhesión inicial se diluyó rápidamente y el fracaso de las movilizaciones posteriores sumó el aislamiento social al asombroso vacío conceptual, propositivo, organizacional y aun comunicacional que finalizó diluyendo los objetivos originales.

El movimiento pareció ser abandonado de hecho por la mayoría de sus integrantes originales y dejó la responsabilidad de continuar con el proyecto a pequeñas fuerzas políticas imposibilitadas de cumplir con esa función. Se frustró de ese modo una iniciativa audaz pero inoportuna que si se hubiera lanzado cuando una parte de la población estaba

comprometida directa o indirectamente con la intensificación de la protesta, hubiera generado grandes condiciones para comenzar a saldar lo que ahora es una verdadera asignatura pendiente: la construcción de un nuevo espacio unitario interfuerzas que potencie al conjunto y sirva, además, como punto de partida del proceso de construcción de nuevas instancias, formas y contenidos de representación de esa parte de la sociedad que produjo la ruptura con todos los esquemas institucionales y políticos anteriores y hoy vive dramáticamente la ausencia de otras convocatorias alternativas convincentes.

### **Razones de la debilidad**

El fracaso es menos justificable aún si se tiene en cuenta que la consigna "que se vayan todos", a pesar de las grandes limitaciones que encierra y de las objeciones que suscita, continúa contando aún hoy, según las encuestas de opinión, con la adhesión o, por lo menos, la simpatía de una gran parte de la población. Por ello, la sorpresiva debilidad de la convocatoria parece relacionarse menos con el contenido de la consigna que con su oportunidad, con su modo abstracto e "impolítico" de formulación, con su metodología de implementación y, sobre todo, con la incapacidad de apelar adecuadamente al compromiso y la participación de la ciudadanía por parte de sus principales dirigentes en un momento en que había decaído notablemente el nivel y la extensión de la protesta y habían sido neutralizados todos los intentos de rebelión.

Cada una de esas limitaciones obedece a causas diferentes que requieren su propia explicación, pero se expresan en conjunto a través de un solo efecto principal: la exacerbación de las diferencias, el aumento de la dispersión y la fragmentación de las estrategias político electorales del denominado *campo popular*, compuesto por ese amplio

espectro organizaciones diversas que generaron y acompañaron a la frustrada iniciativa unitaria. La pretensión de ascender un escalón tanto en la lucha confrontativa como en la construcción de una instancia política superior parece haber generado lo contrario, el descenso a niveles de injustificada controversia, aislamiento y segmentación anteriores a los del último punto de partida. El registro de tan evidente retroceso ha realimentado la perplejidad y reavivado la vieja controversia sobre las causas oscuras que, pese a las urgencias y reclamos, llevan a esas organizaciones a crecer levemente en el aislamiento, lejos de las disputas centrales por el poder político institucional y sin poder diseñar un plan de emergencia compartido para enfrentar la crisis y la decadencia y amalgamar un bloque político y una oferta electoral capaz de canalizar en un solo sentido la enorme voluntad de cambio que viene manifestando de mil formas diferentes un amplio y posiblemente mayoritario sector de la sociedad.

El enorme debilitamiento de la ofensiva popular que ello entraña ha generado, como decíamos, su contraparte, una conflictiva pero muy efectiva recomposición del elenco político estatal y un renacimiento de la impunidad y de las prácticas corporativas entre las cuales se inscriben las actuales maniobras destinadas a controlar y despolitizar la convocatoria electoral por parte del Peronismo, último de los partidos tradicionales comprometidos con la generación del estado de decadencia social actual que todavía se mantiene en pie y concita un bajo pero efectivo nivel de adhesión electoral. De cualquier modo, la perspectiva de confrontar políticamente en nuevas elecciones presidenciales parece haber desplazado, por ahora, del centro de la escena, a todas las anteriores formas de reivindicación, protesta y lucha social. Y las organizaciones populares, los partidos políticos de izquierda y los referentes político electorales han debido acomodarse a esa situación diseñando sus propias posiciones.

## La dispersión de las estrategias

En ese conjunto de respuestas diversas es donde mejor deja su huella el actual contexto de fragmentación de las organizaciones populares y de sus principales referentes electorales. El ARI, la principal organización política de centro izquierda, decide consumir todas sus energías en la necesaria construcción de un gran aparato electoral de alcance nacional y utilizar a su gran referente mediático para proponer a la ciudadanía un proyecto de cambio que no incluye participación ni militancia política y se traduce en el establecimiento de un gran pacto político-moral que no llega a trascender, por definición, la mera instancia electoral. El reciente, pequeño, pero influyente Movimiento de Autodeterminación y Libertad, razona de un modo exactamente opuesto. Propone continuar la lucha por el “que se vayan todos” y darle contenido político a través de un masivo repudio a la convocatoria electoral. Utiliza, hasta ahora, la gran inserción mediática que tiene su dirigente principal para lanzar una campaña de participación electoral que en lugar de votar positivamente o en blanco apele al voto anulado por la inscripción de esa consigan original. El frente formado por algunas agrupaciones de la izquierda tradicional denominado “Izquierda Unida”, que ha venido ascendiendo política y electoralmente durante el último tiempo, no quiere perder la oportunidad de continuar reforzando esa tendencia e intenta colocarse ante el llamado a elecciones en una posición intermedia. Propone armar un frente que combine la militancia social y política en búsqueda de nuevas estructuras de poder con la participación electoral junto a organizaciones afines, pero incluyendo a este tipo de participación dentro de una estrategia que no pretenda ganar las elecciones en esta instancia, sino que las utilice para ampliar

el nivel de consenso y obtener representantes propios que refuercen el proceso de construcción de un nuevo agrupamiento político.

### **Los desafíos de las fuerzas contrahegemónicas**

Ahora bien, aunque son sensiblemente diferentes las tres propuestas parecen estar tratando de resolver en esta circunstancia particular un dilema general, que no sólo las unifica sino que las relaciona directamente con la inmensa mayoría de las experiencias realizadas por los partidos de izquierda que intentan fundar culturas políticas contrahegemónicas, actuando dentro de los marcos propios de las democracias capitalistas, centrales o periféricas. Debido a su propia pretensión contrahegemónica estas fuerzas se diferencian de las que actúan dentro de los marcos culturales, políticos e institucionales ya establecidos en que están obligadas a establecer adecuados puntos de confluencia entre tres tipos de procesos que, por su naturaleza y su forma de evolución, requieren tiempos y ritmos de maduración muy diferentes.

En efecto, la crítica de lo existente y la demostración de que un nuevo tipo de sociedad es beneficioso y posible, supone un largo proceso de aprendizaje que dilata las respuestas positivas y dificulta enormemente la formulación de alianzas sociales y estrategias políticas exigidas por la evolución concreta de las distintas instancias y formas en que se disputa el poder. El problema se vuelve mucho más complejo cuando a la necesidad de crear una estrategia política que permita avanzar proponiendo cambios que siendo posibles no traicionen los objetivos contrahegemónicos originales se le suma la necesidad de preparar una táctica electoral capaz de adaptarse a las modalidades y urgencias de la coyuntura inmediata sin violentar ninguna de las dimensiones anteriores.

En la Argentina del modelo neoliberal se suman a esos tres dilemas clásicos dos nuevos graves problemas generados tanto por el prolongado proceso de declinación económica y decadencia social como por su consecuencia, el estado de colapso político institucional que caracteriza al momento actual.

Uno es de carácter social y surge del avanzado estado de descomposición en que se encuentran las relaciones, las estructuras, las clases y las identidades sociales del pasado. Proceso de desestructuración, segmentación, fragmentación, marginamiento y exclusión que ha hecho de la mayor parte de los sectores populares algo muy semejante a esa masa social "gelatinosa" e informe que A. Gramsci descubrió en las sociedades orientales de la primera parte del siglo anterior. Sólo parece diferenciarse nuestro caso en que por la velocidad de la disolución de la trama social que los contenía, esa enorme masa de individuos, aislados y escindidos por la ruptura de lazos sociales primordiales que los vinculaba a la comunidad del trabajo y el consumo, mantienen todavía un vívido recuerdo de las formas de vida que han perdido y muchos de ellos están intentando reconstruirlos por otros medios, especialmente alrededor de los nuevos tipos de organizaciones reivindicativas y de trabajo solidario (Asambleas, Movimientos de Desocupados, Cooperativas Obreras, etc.). Pero estas formas de agrupamiento social y de reconstrucción de identidades perdidas ya no tienen firmes raíces sociales, son voluntarias, inestables y sumamente heterogéneas en la medida en que los miembros se definen y se igualan por lo que han perdido, por la privación, por lo que ya no tienen. El lazo social que antes tuvo una sólida raíz material ha comenzado a reconstruirse por formas de acción voluntaria que son producidas y se adaptan a la naturaleza de distintos tipos de clases y sectores sociales. Allí está su riqueza y, a la vez, su debilidad; una debilidad intrínseca que solo puede ser neutralizada por una adecuada acción política y cultural

que aglutine a lo disperso, le dé sentido a la acción reivindicativa inmediata y la engarce adecuadamente con un nuevo modelo de politización participativa que mantenga viva la expectativa de una posible reconstrucción económica, política e institucional. Pero, y aquí vuelve el *quid* de la cuestión, un proceso de esas características en el cual la política se define, se diseña, se organiza y se actúa con parámetros diferentes y casi desconocidos, es en definitiva un sistema de ensayo y error impuesto por las circunstancias que parece estar requiriendo un tiempo de maduración muy poco compatible con las exigencias de acción político electoral inmediata generado por un sorpresivo y tal vez exitoso intento de recomposición, vía electoral, de un orden político institucional que poco tiempo atrás parecía haber entrado en un irreversible proceso de descomposición final.

El otro problema es generado por dos procesos que se hallan íntimamente relacionados entre sí. Nos referimos a la profunda modificación del esquema de correlación de fuerzas sociales en favor de aquellas que expresan los intereses y el proyecto estratégico de la clase dominante y, correlativamente con ello, la degradación y el vaciamiento casi total de las instituciones estratégicas del Estado que podrían ser utilizadas, como en el pasado, para elaborar políticas públicas de fomento y redistribución, destinadas a poner en movimiento un nuevo proyecto de reconstrucción económico y social. Esta doble cuestión implica un nuevo desafío, un nuevo tipo de construcción política que responda adecuadamente a los siguientes interrogantes: ¿cómo construir un poder alternativo al existentes capaz de enfrentar exitosamente, las resistencias, los sabotajes y los enfrentamientos abiertos que va a producir un reducido y homogéneo sector social que controla y puede manipular casi todas las instancias de poder nacional e internacional?, ¿cómo utilizar ese poder alternativo para neutralizar la contraofensiva de los sectores dominantes pero también reconstruir en

el mismo proceso formas de participación e instituciones de gestión que aprovechen la energía popular canalizada en las instancias participativas para diseñar nuevas políticas de Estado? Es bien sabido que el poder político generado por las mayorías electorales es absolutamente insuficiente en estas latitudes para garantizar la obtención de esos objetivos, ¿es conveniente entonces lanzarse a la obtención de un triunfo electoral si ese triunfo no contiene un mínimo nivel de satisfacción de los requisitos anteriores? ¿Cómo debe ser encarada exitosamente una ofensiva electoral que unifique las fuerzas que pugnan por un significativo cambio pero dentro de un trabajo electoral que implique un proceso de participación, de compromiso y de desarrollo político generador de su verdadero sustento? En definitiva, ¿cómo debe combinarse la articulación con la ruptura y la innovación política en el desarrollo de procesos electorales que por su ideología, diseño y forma de implementación persigue objetivos diametralmente opuestos: el vaciamiento de ideas, la pasividad, el individualismo y la desmovilización?

### **Un futuro incierto**

Como se ve, las urgencias generadas por la profundización de la decadencia, la agudización de la crisis, la contraofensiva de la clase dominante y los intentos de recomposición de un precario orden político institucional que todavía no ha colapsado definitivamente nos plantea muy justificadas exigencias inmediatas que, sin embargo, ni la sociedad, con su extraordinaria movilización y empuje, ni las fuerzas sociales y políticas creadas o recreadas al calor de ese proceso están en condiciones todavía de responder adecuadamente. Las estrategias capaces de articular los tiempos de desarrollo diferente de los procesos mencionados pueden ser formuladas adecuadamente pero no parece

posible que sean aplicadas exitosamente porque no se han cumplido todavía dos de sus condiciones básicas: el sector de la sociedad interesada en ellas parece no estar dispuesto a arriesgarse, a superar el inmovilismo o la mera protesta, y comprometerse con su activa participación en la creación de una posible alternativa diferente, ni las fuerzas sociales y políticas populares pueden transformarlas con su militancia, su organización y sus candidatos en una alternativa creíble y convocante desde el punto de vista político electoral. En ese plano la iniciativa está en manos de los tradicionales partidos del sistema que, a pesar de la enorme repulsa recibida, pueden concitar aún una débil pero persistente adhesión electoral.

Esa intrínseca debilidad y su consecuencia, la incapacidad de hacer nacer de su seno un régimen dotado de un nivel mínimo de legitimidad, es la contracara de las falencias señaladas en los movimientos populares y produce una especie de empate por la negativa, de mutua compensación de carencias compartidas que tienen origen diferente pero se conjugan para delinear un panorama todavía muy incierto.

En este futuro abierto se están gestando laboriosamente dos posibles proyectos políticos alternativos y antagónicos: de un lado, la progresiva conversión de esta democracia en una democracia cada vez más represiva y autoritaria, articulada a los procesos de concentración de las riquezas y el poder que hemos venido padeciendo y a los nuevos sueños de subordinación imperial ya diseñado por la derecha neoliberal para las próximas etapas. Por otro lado, el arduo y lento trabajo de construcción de un tipo de democracia participativa y diferente que sirva de apoyo político e institucional a un programa de reconstrucción nacional que comience por la redistribución del ingreso, se fortalezca con la satisfacción de por lo menos algunas de las grandes demandas de los movimientos populares y asocie su crecimiento económico futuro a la

rehabilitación del aparato productivo y a la construcción de un nuevo tipo de integración regional.

## **Bibliografía**

Auyero, Javier (2002) *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la argentina democrática*. Buenos Aires: Editorial Los libros del Rojas.

Bonasso, Miguel (2002) *EL palacio y la calle. Crónica de insurgentes y conspiradores*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Nun, Jose (2000) *Democracia. ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Pucciarelli, Alfredo (2002) *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la argentina actual*. Buenos Aires: Los libros del Rojas.

19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social* (2002). Buenos Aires: Ediciones De mano en mano [Colectivo Situaciones]

## **La distancia sociedad - partidos**

Ricardo Sidicaro

Sobre la distancia que se ha establecido entre una buena parte de la población y los principales partidos políticos abundan las observaciones empíricas y los denominados estudios de opinión. Las interpretaciones de las razones por las que el fenómeno se ha producido suelen mezclar argumentos morales, consideraciones sobre la eficiencia administrativa de quienes gobernaron, críticas a las prácticas de las dirigencias altas y medias de los partidos, reproches al exceso de gastos públicos y a la distribución de los presupuestos, etc. Los argumentos más precisos remiten a problemas puntuales vinculados con las consecuencias de las políticas económicas neoliberales.

La crítica de la sociedad a la clase política, trátase de las conducciones y miembros de los partidos o de las instituciones representativas, es, en sentido estricto, un fenómeno que no constituye una particularidad argentina y que no cabe analizarlo sin tener presente que lo mismo sucede en numerosos países contemporáneos. La pregunta que cabe formular es: ¿Cuáles son los aspectos presentes simultáneamente en muchos países occidentales que conocen parecidos procesos de cuestionamiento de los partidos políticos y de las instituciones representativas? En tanto que en cada caso nacional existen trayectorias específicas de los actores y de los sistemas, es obvio que los elementos generales no agotan la explicación pero ofrecen un marco de referencias conceptuales para su abordaje.

### **Las tendencias mundiales**

En los países que participan de la matriz de desarrollo económico, político y cultural propia del capitalismo occidental, se puede considerar, siguiendo la interpretación de Peter Berger y Thomas Luckmann en *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La conciencia del hombre moderno* (Barcelona, Paidós, 1997), que actualmente existe una situación que puede caracterizarse con el concepto de crisis de sentido. De acuerdo con dichos autores, las sociedades y los individuos se encuentran frente a las consecuencias de la complejidad pluralista de la vida social y al debilitamiento de las instituciones religiosas y estatales que anteriormente habían sido productoras y proveedoras de significados para pensarse a sí mismos e interpretar el mundo circundante, visiones que fueron muy importantes para las generaciones precedentes. Sería imposible en estas breves notas remitir a todos los autores clásicos que previeron con conceptos diferentes la crisis de las sociedades y de las orientaciones de los sujetos pensando desde ópticas teóricas no coincidentes: el colapso del capitalismo anunciado por la teoría marxiana, la caída de los valores y la jaula de hierro weberiana, la tendencia creciente a la anomia y las patologías sociales durkheimnianas, fueron en la época fundacional de la sociología algunas de las referencias centrales, luego olvidadas con la profesionalización de las ciencias sociales y opacadas por las expectativas de los predicadores del progreso constante, ya sea en su versión revolucionaria o reformista.

En el último cuarto del siglo XX se tematizó con singular persistencia la cuestión de la crisis de los grandes relatos sociales que habían sido movilizados de los imaginarios históricos de construcción del Estado-nación y de la democracia parlamentaria, es decir, del marco político que acompañó o cuestionó el crecimiento y apogeo del capitalismo industrial y de la sociedad salarial. Tampoco estuvieron

ausentes en los países que conocieron el gran disloque de aquellas matrices de interpretación y conformación de la vida social quienes desde las más disímiles tribunas ideológicas predicaron la defensa de las cosmovisiones en retroceso. Pero poco a poco se aceptaron nuevas realidades, festejadas por unos y lamentadas por otros. Aquí sólo nos interesa señalar un conjunto de transformaciones políticas y sociales relacionadas con los cambios de las relaciones entre la sociedad y las instituciones representativas.

Ronald Inglehart en su investigación *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades* (España, CIS - Siglo XXI, 1998) , entre los que incluye a la Argentina, resume sus conclusiones en los temas directamente relacionados con las cuestiones que convocan nuestra atención diciendo: "Estamos alcanzando los límites del desarrollo de las organizaciones burocráticas jerárquicas que en buena medida crearon la sociedad moderna. El Estado burocrático, el partido político disciplinado y oligárquico, la cadena de montaje en la producción, el sindicato de vieja línea y la corporación jerárquica hicieron posibles la Revolución Industrial y el Estado Moderno. Pero la tendencia hacia la burocratización, la centralización y la propiedad y el control estatal se están invirtiendo, en parte, debido a que está alcanzando los límites de su eficacia y, en parte, por el cambio de prioridades entre los públicos de las sociedades industriales avanzadas. La confianza pública en estas instituciones se está erosionando en todas las sociedades industriales avanzadas" ( p. 427).

Sobre la confianza de la sociedad en las instituciones políticas y la vocación participativa de la población en las cuestiones públicas se pueden conectar las conclusiones de Inglehart con las reflexiones de Beck cuando sostiene: "No cabe duda de que estamos viviendo una

época antijerárquica. El paso de la sociedad tradicional a la industrial conlleva el abandono de jerarquías tradicionales (con base religiosa) en aras de unas autoridades políticas de corte racional-burocrático. En la mayor parte de las sociedades occidentales, esto significa básicamente que se sustituyó la autoridad religiosa por la autoridad política. Pero en el cambio de valores que estamos viviendo actualmente, y no sólo en las sociedades de Occidente, conceptos como 'autoridad', 'centralización' y 'grandeza' se suelen tomar con bastante prevención. De hecho, cada vez son menos aceptados. En todos los países de fuerte tradición industrial, los caudillos en política están conociendo un gran desprestigio (sin parangón en la historia de las democracias occidentales). Esto difícilmente se puede explicar alegando que los jefes de los partidos políticos, o de los gobiernos, sean hoy menos competentes que los de generaciones precedentes. En esta decadencia de la adhesión política se percibe un cambio fundamental en cuanto a actitudes y percepción de valores. Es el nuevo enfoque del desarrollo y de la responsabilidad personal el que ha desprestigiado toda forma de jerarquía y de sus representantes, independientemente de sus prestaciones personales" (Beck, Ullrich, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 163-164).

La combinación entre el creciente deseo de autonomía de los individuos, la destradicionalización de los modos de vida, el rechazo a las jerarquías, la búsqueda de nuevos valores y el proceso de declinación del Estado-nación creó, naturalmente, una creciente dificultad para la subsistencia del formato de partidos políticos propios de las democracias de épocas anteriores. Representar se hace enormemente difícil para los partidos en virtud de la mayor complejidad y diferenciación de las sociedades modernas en las que se debilitó la materialidad de los tejidos sociales que anteriormente unificaban y organizaban dimensiones clave

de la vida de las personas. La estructura laboral del capitalismo industrial, digamos preinformatizado y preflexibilizado, fue la matriz de inserciones que *sujetó a los sujetos* tanto en el sentido material como simbólico, dándoles identidades, adversarios y deseos. Con el fin de aquella tendencia a la homogeneización creció la heterogeneidad en los más diversos planos, la fragmentación del mundo del trabajo tuvo efectos sobre las aspiraciones individuales, y sin ser el único factor en presencia contribuyó al resquebrajamiento de las antiguas unidades sociales, políticas, étnicas, religiosas, etc. Por otra parte, la globalización cultural multiplica los gustos, los modelos y las preferencias de quienes reciben, en la amplitud del planeta, los mismos mensajes que, objetivamente, los liberan de los agentes vernáculos de la dominación simbólica al hacerlos, por cierto, súbditos de sistemas mundiales de ideas, gustos e inclinaciones estéticas, cuyas variedades de opciones dotan de códigos y diversifican, en especial, a las generaciones más jóvenes. No ignoramos la pertinente discusión sobre las características de la libertad o la autonomía (real o ilusoria) que se abre para los sectores más pobres en los límites del padecimiento de necesidades económicas apremiantes, que participan, sin embargo, de un sistema nuevo de interacciones sociales e internacionales. Tampoco cabe perder de vista las dimensiones contradictorias asociadas a la declinación de lo que en el pasado fue la ideología del Estado-nación, que condujo a la formación de instituciones sociales de “bienestar” y a guerras de protección o ampliación de los intereses económicos de las clases dominantes “patrióticas” e imperialistas.

¿Es sorprendente que con la declinación del Estado-nación decaiga la convocatoria de los partidos que disputaban por la dirección de los aparatos estatales y, claro está, por los privilegios materiales y simbólicos a ellos ligados? Los discursos sobre la ciudadanía y la

representación democrática resistieron durante mucho tiempo el desgaste de las contrastaciones casi cotidianas que mostraban que la política era una profesión y que los dirigentes de las instituciones y de los partidos se preocupaban predominantemente por sus propios intereses. Poco a poco la sociedad o el pueblo electoral se hizo más reflexivo y exigente, en buena medida por la modernización de las más diversas esferas de la vida, se volvió más heterogéneo y más individual en sus aspiraciones y, por lo tanto, más difícil de manipular, de interpelar y de "representar". Por otra parte, los Estados-nación vieron por doquier mermar su poder frente a los capitales internacionales, y allí donde se consolidaron pactos de intereses regionales, la Unión Europea por ejemplo, lo hicieron deponiendo tradiciones y esferas de participación ciudadana. Los límites evidentes de las capacidades de acción de los aparatos estatales hicieron necesariamente menos doctrinarios y más "realistas" a los gobiernos y, lógicamente, a los partidos. La llamada crisis del militantismo se vio acompañada por la profesionalización de las tareas anteriormente vocacionales, y los intercambios económicos o prebendarios pasaron a asegurar las lealtades partidarias de los afiliados rentados y con pasiones de baja intensidad. La televisión, con su estructura narrativa artificial, se convirtió en el vínculo privilegiado de una comunicación política que debía decir poco o nada para tratar de llegar a muchos que se interesaban, igualmente, poco o nada en la palabra y en las escuetas definiciones de los partidos.

En síntesis, cerremos estas referencias a la manifestación occidental del proceso que nos ocupa subrayando que las sociedades se convirtieron en más heterogéneas y fragmentadas y con ello menos representables, que aumentaron las exigencias de las personas y de los segmentos diferenciados de la individuación reflexiva, en tanto que,

para complejizar aún más el problema, disminuyeron las capacidades de los Estados para implementar políticas de modo relativamente autónomo frente a las imposiciones emergentes de los procesos de globalización. De este modo, con el declive de las pasiones ciudadanas los partidos se profesionalizaron y las concentraciones casi religiosas de antaño fueron sustituidas por las propagandas televisivas autoadministradas por los sujetos a voluntad con su control remoto. Las condiciones y transformaciones aludidas, que muestran las líneas principales de tendencia de la época, se han presentado simultáneamente con –o han provocado como reacción– movimientos progresistas y humanistas de defensa de las identidades nacionales o regionales; suscitaron neofascismos en algunos países centrales y periféricos; y no faltaron los desesperados de las identidades en declinación que desataron guerras civiles y “limpiezas étnicas” criminales. Más pacíficos, no son pocos los predicadores de los grandes relatos y de las filosofías de la historia que han mantenido sus creencias.

### **El problema vernáculo**

La primera constatación que cabe hacer es que el malestar respecto a la clase política no constituye una novedad en la Argentina, si bien se expresa de un modo más activo y con más adherentes que en otras épocas. Puede afirmarse que dicho malestar creció lentamente después de pasados los primeros años de la vuelta al régimen democrático. En varios análisis de casos nacionales de transiciones a la democracia ha sido común referirse al “desencanto” que suele acompañar a casi cualquier proceso de cambio social y político como fruto de las distancias entre las expectativas iniciales de quienes creen en ellos y los resultados realmente alcanzados. Ese sentimiento se

registró, sin duda, en una parte de la población argentina y, probablemente, se focalizó en temas económicos, militares y políticos durante la gestión 1983-89 en la que se frustraron muchas expectativas de las personas con más sensibilidad democrática. Con el gobierno siguiente, el rechazo a las prácticas de corrupción suscitó objeciones contra los dirigentes menemistas que no se hicieron extensivas, en principio, a las otras fuerzas partidarias. Las ilusiones que despertó la Alianza UCR-FREPASO en una parte de la ciudadanía, fundamentalmente la situada entre los estratos con más escolaridad y por lo tanto propensos a sentirse autorizados para formular opiniones sobre la vida pública, desembocaron en el mayor fracaso político civil registrado en el accidentado siglo XX argentino. La Alianza se había centrado casi exclusivamente en su propuesta electoral en el restablecimiento de la moral y la eficiencia administrativa, y por esa vía ofreció a la reflexividad social los elementos evaluativos que sirvieron para que se observara críticamente lo que fue su propia gestión con equipos de gobierno conformados por "hombres de negocios" acompañados por sus parientes. En el período aliancista el rechazo a la clase política pasó a enunciarse sin distinguir entre los diferentes partidos y todo terminó con la más completa repulsa popular realizada por la movilización espontánea de una sociedad modernizada que exigió la salida de los dirigentes gubernamentales y sus parentelas al mismo tiempo que denunciaba sus vínculos con los grandes intereses económicos.

En lo estrictamente relacionado con las dimensiones cognitivas de los individuos y sus actitudes hacia los partidos políticos y las instituciones representativas, entendemos que es necesario vincular los cambios con la creciente autonomía reflexiva personal y social alcanzada en las dos últimas décadas. Desde 1983, la vigencia continua de las instituciones democráticas, más allá del desencanto y de las críticas de

una parte de la población, dio como consecuencia la modernización de las creencias y de las visiones sobre las cuestiones públicas. El fin de la alternancia cívico-militar que infantilizaba las expectativas hacia la política, fue, sin duda, la cuestión más importante. Pero sin pretender otro objetivo que la mera ejemplificación, señalemos que en los veinte años de democracia se combinaron los aportes ligados a lo institucional con otros que tuvieron diferentes fuentes:

1) El pleno imperio de las libertades públicas y la desaparición de la censura en los debates mejoraron extraordinariamente las condiciones de reflexión social e individual sobre la política y los partidos.

2) La modernización de los sistemas educativos y los nuevos medios de comunicación y en especial el acceso a nuevas fuentes de información nacionales e internacionales estimularon la mirada crítica sobre las prácticas de los dirigentes políticos y gubernamentales.

3) Se modernizaron las regulaciones sobre la familia y se legisló preservando nuevos derechos civiles, políticos y sociales, y en ese sentido la Constitución de 1994 fue un gran avance.

4) En el orden económico, más allá del carácter excluyente de la modernización impulsada por el neoliberalismo de la década menemista continuada por la Alianza, se operó un proceso de apertura a una realidad mundial que llegó con una rapidez extraordinaria al levantarse las barreras proteccionistas, incentivando las aspiraciones y el consumo de la mitad de la población con más ingresos e influyendo sobre los deseos de aquellos que carecían de recursos suficientes como para mejorar su participación en la adquisición de bienes y servicios. Sin ironía, con la modernización de esos años llegó... el teléfono.

Con la libertad política de la democracia y la apertura económica del neoliberalismo surgieron estímulos que favorecieron el desarrollo de conductas reflexivas y críticas en el conjunto de la sociedad. Sin

reproducir todas las características detalladas en el apartado anterior, en la Argentina de nuestros días encontramos muchas de ellas. La fragmentación social, la declinación simbólica y operativa del Estado-nación, la pérdida de referencia a la actividad laboral en tanto eje ordenador de la vida cotidiana de una parte de la población, el debilitamiento de las identidades colectivas, la modernización de la familia y la innovación en sus regulaciones. En síntesis, un proceso de individuación que produce y se expresa en la mayor autonomía de las personas con respecto a las tradiciones políticas, culturales y religiosas. El aumento de las conductas reflexivas y egocentradas, lo que no significa egoístas, se pone de manifiesto, entre otros ejemplos, sin que el orden de presentación suponga jerarquías, en:

1) quienes optan por migrar internacionalmente en busca de horizontes más auspiciosos;

2) los que deciden emprender acciones de protesta y movilización contra las autoridades de un modo libre e independiente de cualquier tipo de organización que oferta recetas políticas o filosóficas a la antigua;

3) aquellos que abandonan sus viejas identificaciones partidarias o sindicales, desilusionados por los jefes y pequeños jefes, y los que en un pasado muy reciente dieron su aval episódico a los fracasados constructores de renovaciones políticas y éticas;

4) los que declaran públicamente su desinterés por los actos electorales;

5) los numerosos individuos que cambian de religión o se desentienden de las religiones familiares;

6) el alejamiento o desapego por los símbolos y rituales patrióticos; y, por cierto, la lista podría extenderse e incluir más ámbitos de prácticas individuales y sociales.

## **A modo de cierre**

Las ciencias sociales tienen siempre dificultades para pensar las transformaciones de las sociedades ya que se convierten en relativamente inadecuados muchos de los conceptos que habían sido de utilidad en momentos previos a los cambios. Generalmente los nuevos problemas y situaciones se presentan en principio con la referencia a la *crisis* de lo que existía, por eso es habitual que los temas abordados en estas notas se enuncien como *crisis de representación*. Esas perspectivas parecen decir que todo es igual pero que apareció un accidente circunstancial, y que cabe esperar el retorno a su cauce normal. Lo que hemos expuesto se sitúa exactamente contra esa visión. La representación de los partidos podrá reconstruirse pero distará de ser la misma y deberá encontrar la forma de conectarse con una sociedad que es mucho más moderna y reflexiva que la de las épocas en que se creía en líderes carismáticos, se rezaba el preámbulo en los actos públicos, se confundía la ética con la política, o se aceptaban fácilmente las interpelaciones manipulatorias de los que decían ser la *voz de los sin voz*, etc.

Entender la relación de distancia entre buena parte de la población y las fuerzas políticas que hasta no hace mucho monopolizaban las expectativas de los electores y, más en general, de sectores sociales que se identificaban con ellos requiere investigaciones que aún no se han hecho. Pero si algo resulta claro es que esas explicaciones necesitan de una nueva definición de los temas y elaborar y precisar conceptos que eviten confundir lo nuevo con el festejo o que lloren el eclipse de lo viejo.

**Bibliografía citada**

Berger, Peter y Luckmann, Thomas (1997) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La conciencia del hombre modern*, Barcelona: Paidós.

Inglehart, Ronald (1998) *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: CIS/ Siglo XXI.

Beck, Ullrich (2000) *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.

## **Interpretaciones alternativas sobre el 20 de diciembre en Argentina**

Rolando Astarita

El levantamiento popular contra el gobierno de De la Rúa de diciembre de 2001 dio lugar a dos tipos de interpretaciones que gozaron de generalizado consenso entre la izquierda radicalizada y el pensamiento progresista, respectivamente.

En la izquierda se caracterizó que a partir de diciembre de 2001 se abría una situación política revolucionaria (o pre-revolucionaria), determinada por un cambio de la correlación de fuerzas entre las grandes clases sociales y una dinámica de protesta social en ascenso. Desde el punto de vista programático, se planteó entonces la estrategia de "construir poder alternativo" en términos reales. Entre quienes adhieren al pensamiento progresista se tendió a considerar que el 20 de diciembre marcaba "el final del modelo económico social instaurado en el país a partir del golpe militar de 1976" (como lo afirmó Verbitsky; y también declaraciones de Ibarra y Moyano) y se abría un campo propicio para la transformación de las formas de hacer y participar en política. La idea de que se habrían desatado fuerzas impulsoras de la autodeterminación y creciente autonomía de los ciudadanos, propensos al cuestionamiento de las estructuras vigentes, recorrió también las interpretaciones sobre la coyuntura (intervenciones de Luis Zamora).

El enfoque que presentamos cuestiona estos enfoques. Nuestro análisis tiene como punto de partida la tesis -que no vamos a intentar demostrar ahora- que dice que son las relaciones de fuerzas entre las clases sociales fundamentales las que determinan el curso profundo de las políticas económicas y sociales, en el marco de las tendencias de la acumulación del capital -a las cuales no son ajenas las coyunturas

económicas cíclicas. En particular, sostenemos que es la intervención de las fuerzas del trabajo asalariado -la fuerza productiva por excelencia en la sociedad actual- la variable que puede modificar el panorama político y social en un sentido progresista y liberador para las inmensas masas de la población.

Teniendo esto presente, sostenemos que en los días decisivos que marcaron el fin del gobierno de la Alianza la clase obrera [entendemos como perteneciente a la clase obrera a toda@ asalariad@ que vende su fuerza de trabajo y está subsumid@ a la relación capitalista, sea en la industria, el comercio o el sector servicios] no intervino *como clase*, con sus organizaciones y con un programa alternativo, y *que este hecho tiñó con su luz particular la coyuntura y determinó los límites de los movimientos sociales de protesta*. De hecho el cambio de gobierno no modificó en alguna manera esencial el *modelo*; y la ausencia de alternativas económico-sociales superadoras operó negativamente para los movimientos sociales. Lo cual facilitó la preparación de una salida de la crisis profundamente regresiva. Presentamos a continuación los argumentos principales.

### **No se modificó la relación de fuerzas entre las grandes clases sociales**

La clase trabajadora no intervino en los enfrentamientos del 20 de diciembre, ni en el decisivo cacerolazo de la noche del 19 al 20; tampoco lo hizo en los cacerolazos previos y posteriores a esa fecha. Las concentraciones obreras del Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba permanecieron *pasivas* durante diciembre y enero. Por otro lado los saqueos, que también contribuyeron a la caída del gobierno, constituyeron un fenómeno ajeno a las fuerzas mayoritarias del trabajo,

a pesar de que en algunos lugares (zona sur de Gran Buenos Aires) organizaciones de desocupados superaron el saqueo, logrando algunas reivindicaciones como la entrega de planes Trabajar. En lo que respecta a las Asambleas barriales, hijas directas de los cacerolazos, no lograron trascender el radio de reducidos sectores de las capas medias de la población de Capital Federal y algunas ciudades del conurbano bonaerense o Rosario; y actuaron en medio del mar de la pasividad de las grandes fuerzas del trabajo.

A la luz de todos los datos disponibles es posible afirmar que el gobierno de De la Rúa cayó producto de una conjunción de fuerzas muy heterogéneas, entre las que se contaron notoriamente sectores importantes del aparato del partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, y un amplio espectro de la clase media. Esta heterogeneidad condicionó a su vez las consignas de la movilización. Además de la renuncia de De la Rúa, la protesta fue dirigida contra la "clase política", los banqueros y la corrupción en el Estado y para "que se vayan todos" (algunos programas "omnibus" aprobados en las reuniones de las Asambleas de Parque Centenario fueron más el producto de intervenciones militantes, que una genuina expresión de las voluntades de las bases participantes). El carácter negativo de las demandas más comunes evidencia que no existieron alternativas de acción política y programáticas referidos al poder del Estado y a la crisis.

Esta falta de alternativas explica que "las masas" no pudieran controlar ni torcer el curso posterior de los acontecimientos. *Es que protestar y rechazar no es sinónimo de decidir el curso de los acontecimientos; a lo sumo es presionarlos, y la presión se puede ejercer hasta un punto limitado.*

Esto explica también que *al día siguiente* de la caída de De la Rúa nada se modificara en beneficio de los trabajadores en los centros de producción. El movimiento del 20 de diciembre no podía repercutir ni

siquiera indirectamente en un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases sociales. En síntesis, se puede decir *que el capital no vio resentido ni cuestionado su poder en ningún momento, en ningún sentido fundamental.*

### **No cambió el modo de acumulación**

Lo anterior a su vez tuvo como consecuencia que el curso esencial de las políticas económicas que se habían venido instrumentando en las dos últimas décadas no se viera alterado por el levantamiento y el cambio de gobierno. Por supuesto, el dato de superficie es que cayó la Convertibilidad, lo cual introduce muchas mediaciones y modificaciones en las políticas concretas. Pero por debajo de estos cambios *subsistió la estrategia esencial de inserción en el mercado mundial y acumulación*, estrategia que se sustenta, entre otros hechos, en la precarización laboral y el aumento sistemático de la explotación, en políticas monetarias y fiscales "duras" -destinadas a imponer el disciplinamiento del mercado sin mediaciones-, en la libertad de movimiento de los capitales y el rechazo de cualquier política que apunte a una redistribución progresista del ingreso. Así, la baja salarial y la precarización laboral, que no había logrado llevar hasta el final el gobierno de la Alianza vía Convertibilidad, se terminarían de instrumentar en los meses que siguieron al 20 de diciembre vía devaluación-inflación y desocupación. No hubo nada parecido a un régimen keynesiano de acumulación, basado en el mercado interno, la distribución del ingreso, o la re-estatización de empresas privatizadas. A pesar de las tensiones y divisiones, ninguna fracción de la clase dominante cuestionó seriamente la política vigente en relación al trabajo. Ninguna Cámara empresaria propuso un cambio de fondo al

respecto. Es que existe una unidad sustancial en torno al "programa" del *capital en general* (concepto que tomamos de Rosdolsky). Es sintomático que el candidato a presidente de los empresarios -incluida la mayoría de los que integran la Unión Industrial Argentina- sea López Murphy, en primer lugar; y Menem en segundo término. Ambos son representantes genuinos del modo de acumulación que se vino imponiendo. Es también significativo que el "modelo chileno" - caracterizado por una altísima tasa de explotación de los trabajadores- sea alabado y tomado como ejemplo por un amplio abanico que abarca al presidente Duhalde, las Cámaras empresarias, economistas "ortodoxos" (como los que pertenecen a la Fundación Capital) y muchos sectores del "progresismo" (el ARI). Esto indica que en la clase dominante *había y hay una estrategia de fondo*. Lo cual tenía, y tiene, dos implicancias claves:

a) no bastaba un cambio de gobierno para modificar "el modelo". Si estábamos ante una orientación económica de tipo estructural -que en última instancia engarza con las tendencias de la acumulación mundializada de los capitales- es claro que los cambios de figuras gobernantes no podían alterar el curso de fondo.

b) era por lo tanto decisivo presentar, desde los movimientos sociales de protesta, una alternativa de tipo estratégico frente a la política de fondo de la clase dominante. Esta alternativa superadora de lo existente y beneficiosa para los movimientos populares no podía limitarse al rechazo de los políticos y los corruptos. Tampoco podía cambiar el rumbo de fondo a partir de respuestas parciales y "en los márgenes" (ejemplo, clubes del trueque), en tanto el capital y su Estado conservaran el centro de la escena.

## Los efectos de la falta de alternativas

Al no estar presente esta alternativa global, el movimiento de protesta se vería enfrentado a la alternativa de repetir sin fin movimientos de expulsión y rechazo, que en definitiva lo desgastarían. Un ejemplo ilustrativo: al presidente del Banco Central, Roque Maccarone, lo echa un "cacerolazo" a los pocos días de la caída del gobierno de la Alianza. Es reemplazado por Mario Blejer, un hombre de confianza del FMI. Pero no hubo entonces nuevo "cacerolazo". Por supuesto, podía haberse dado otro movimiento para sacar a Maccarone, pero la cuestión seguiría sin resolverse; hacía falta proponer algo más que un cambio de personas.

Todo esto ayuda a explicar la dialéctica del estallido de diciembre de 2001, así como de muchos otros que derribaron gobernadores (en la década del noventa varias provincias fueron sacudidas por movimientos, sin que se modificaran las políticas de fondo) o ministros (ejemplo, el ministro de Economía Ricardo López Murphy es obligado a renunciar, pero es reemplazado por Domingo Cavallo, que continúa con los ajustes). Invariablemente, pasados los primeros días de euforia y triunfo, los movimientos comienzan a girar en el aire en la medida en que no se formulan cursos cualitativamente distintos, y asumidos por los sectores populares. Mientras tanto, la crisis y el malestar social continúan, y la clase dominante *actúa* (nunca se insistirá bastante en que "no hay crisis sin salida"). No existe así la posibilidad de *acorrallar* al capital y su Estado en tanto la protesta social no articule programas para enfrentar escenarios marcados por el chantaje de los propietarios de los medios de producción y el dinero (huelga de inversiones, "golpes de mercado") y la desocupación masiva. En la medida en que no haya respuesta a estas cuestiones, no podrá haber algo parecido a un movimiento asintótico de ascenso creciente de las luchas sociales. Por el

contrario, se acrecientan las posibilidades de decepción y desengaño (que se vive por lo general como un "reflujo" del movimiento). Las cuestiones que se discuten en muchos ámbitos de las ciencias sociales sobre *falta de representación política y vacío de los partidos* tienen que ver con estas falencias de las fuerzas que se presentan como alternativas. Por esto también la idea de que "el pueblo tomó conciencia el 20 de diciembre del poder de su movilización", que por lo tanto "ya no se dejaría engañar" y que "pasaría a controlar los actos de gobierno", dispuesto a "cambiar cuanto gobernante haga falta hasta que respondan a nuestros intereses" [expresiones tomadas de intervenciones recogidas en las Asambleas], no se podía verificar en la práctica, dadas las condiciones reales del movimiento.

Se explica así la frustración de las esperanzas "revolucionarias". En los casi once meses transcurridos desde el "inicio de la revolución en Argentina" (Chesnais *dixit*), *se ha consolidado la ofensiva del capital y del Estado sobre las fuerzas del trabajo y los sectores populares*. Sectores que habían presentado fuertes resistencias, como docentes de la provincia de Buenos Aires, fueron quebrados (anulación del estatuto docente casi sin resistencia). Los asalariados no lograron poner obstáculos serios a la baja salarial y la flexibilización completa. Esto evidencia una relación de fuerzas entre las dos grandes clases sociales muy desfavorable a los trabajadores, y que a su vez *impone una restricción objetiva a las posibilidades de desarrollo de los movimientos sociales de protesta o reivindicación*. Por eso la inclinación por las acciones mínimas reivindicativas, incluso por formas de organización y producción elementales, ha terminado por convertirse en una respuesta acorde con la situación política planteada.

En este cuadro no es de extrañar que tampoco tuvieron asidero las tesis que postulaban una liberación de las grandes mayorías vía una creciente autodeterminación y autonomía de los ciudadanos. Muchas

veces se ha señalado, desde una óptica marxista, cómo la búsqueda de una pretendida autonomía individual jamás puede anular la interdependencia real de los seres humanos con respecto a relaciones sociales que, lejos de dominar, los dominan a ellos mismos. Este *universal* se singulariza en la Argentina del presente con especial relevancia. Millones de seres humanos sufren terribles condiciones de explotación, potenciadas por un despotismo de las direcciones de empresas que parece no reconocer límites. Otros varios millones de seres humanos están condenados a la más brutal degradación física, porque ni siquiera han podido optar por "la dicha de ser explotado". En este cuadro, hablar de *autodeterminación* y *autonomía* es una abstracción. Es paradójico al respecto que el discurso de sectores progresistas reproduzca inconscientemente el de la economía neoclásica, que proclama la soberana autonomía del individuo por encima de las relaciones mercantiles y de explotación en las cuales está inmerso. La liberación de estas condiciones no puede lograrse con huidas al reino del puro *yo* o al abstracto plano de los *ciudadanos* o "consumidores". Por eso es necesario avanzar en un proyecto alternativo, con base en la solidaridad de intereses de todos aquellos que sufren la explotación y la opresión; y a partir del cual cada uno podrá reconocerse como una individualidad *social*.

## **Argentina 1991-2001: Una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el país interior**

Norma Giarracca

La protesta social en la Argentina atravesó la década de los noventa y presentó rasgos distintivos en relación con las expresiones de décadas anteriores. Me refiero a las diferencias con las protestas sociales, gremiales y política de fines de los años de 1960 y comienzo de 1970 (hasta el golpe de estado de 1976) y con las otras, mayoritariamente gremiales, de los primeros años de retorno a la democracia (1983-1989).

En primer lugar, una proporción que llegó a alcanzar el 46,2 % de las protestas en 1999, fue llevada a cabo por sujetos emergentes al margen de las antiguas organizaciones gremiales y sindicales. Por otro lado, las protestas se ubicaron territorialmente en casi todas las regiones del país y las generadas por los actores de origen agrario y residentes en pequeños poblados y ciudades de las provincias, fueron significativas dentro del escenario nacional. En otras palabras, las grandes ciudades no fueron escenarios privilegiados y únicos como en las épocas "industrialistas". En esta misma dirección, las protestas crecieron en intensidad desde las márgenes al centro, es decir desde las regiones del interior del país hacia la ciudad capital de Buenos Aires. Asimismo aumentaron cuantitativamente en los dos años de elecciones de autoridades nacionales (1995 y 1999) y tuvieron muy baja respuesta por parte de los actores demandados tales como el Estado y los empresarios (véase Giarracca, N. y colaboradores, 2001 y Gonda Alejandro, 2001).

Pero, tal vez, el rasgo más significativo de la protesta de los noventa fue el tipo de reclamo que la caracterizó. En efecto, las demandas de las miles de protestas sociales registradas en la década, están fuertemente orientadas a: preservar derechos sociales adquiridos durante el siglo XX (condiciones de trabajo, salarios dignos, educación pública, etc.); preservar pequeños patrimonios familiares (como son los casos de pequeños y medianos empresarios agrarios o industriales amenazados por las deudas); demandar un ingreso mínimo frente a la pérdida del trabajo remunerado (la lucha de los desocupados), etc. Es decir, en general son protestas de "defensa" y "preservación" frente al avance de las políticas "expropiatorias" del neoliberalismo, y en muy pocas ocasiones estas acciones colectivas estuvieron relacionadas con la expansión de nuevos derechos o con la conquista de nuevos espacios políticos o, simplemente, ciudadanos. En tal sentido, no debe confundirse la novedad de la protesta y su nueva matriz cívica (reclamos de vecinos, por ejemplo) con el tipo de reclamo que comportaba.

## **El otro campo**

Como socióloga rural dediqué, con el equipo de investigación, gran parte de la década de 1990 a registrar y comprender las protestas que se fueron generando en los mundos agrarios y rurales. El decreto de "desregulación económica" de fines de 1991, había desbaratado la red institucional que permitió, durante casi todo el siglo XX, la coexistencia de la gran propiedad agraria-ganadera con la pequeña y mediana explotación. A poco de transcurrir la década, pudimos registrar cambios muy fuertes en las imágenes de los mundos agrarios y rurales así como en las de los pequeños y medianos poblados conectados al sector

primario (agrario y extractivo). Comenzaba un cambio muy profundo en el modelo productivo agrario liderado, en gran medida, por las grandes semilleras transnacionales (véase Teubal, M. y Rodríguez, J. 2002).

Las imágenes agrarias de pequeños y medianos productores arrinconados, campesinos expulsados por nuevos inversores, trabajadores rurales y semiurbanos (de pequeños poblados) desocupados, coexistían con los problemas derivados del cambio de las funciones del Estado nacional y el traspaso de la educación, la salud, etc. a la responsabilidad provincial o municipal y con aumentos en las tarifas de los servicios públicos privatizados (véase una interesante protesta por aumentos del agua de una empresa privatizada en Giarracca y Del Pozo, 2002). En efecto, los problemas de la educación pública, los bajos salarios pagados a los maestros, el deterioro de los presupuestos para la salud, para el mantenimiento de las infraestructuras de caminos y puentes, se agravaron y condujeron a los poblados y pequeñas ciudades del interior a situaciones desconocidas por las actuales generaciones. El problema de las inundaciones en la región agraria más rica del país, completó el panorama desolador (Véase *Le Monde Diplomatique*, N° 30, 2001). Es decir, en el interior, mientras por un lado comenzaba el incremento de la producción de cereales en todas las regiones (sobre todo la producción de soja con semillas "transgénicas") reemplazando a cultivos tradicionales como las hortalizas o el algodón (en manos de pequeños y medianos agricultores), la población comenzaba a sentir las peores consecuencias del modelo neoliberal en un contexto de alta desocupación, pobreza e indigencia crecientes.

Las respuestas fueron múltiples, desde formas de adaptación a las nuevas condiciones, la toma de préstamos para "ampliar las escalas de producción", la pluriactividad, las nuevas formas de cooperativas, los pequeños "pool de siembra" (agrupaciones de productores para,

también, superar la escala de producción) etc. Simultáneamente, los distintos sectores comenzaron a manifestarse en el espacio público expresando un fuerte rechazo a esta difusa y compleja política productiva "sin agricultores". Las marchas hacia la ciudad capital y las protestas en general, se llevaron a cabo al margen de las viejas corporaciones agrarias que congregaban a los grandes propietarios. Marchaba y protestaba el campo de los campesinos y los "farmers" empobrecidos y en peligro de perder sus tierras. Una protesta en la Plaza de Mayo, el 8 de septiembre de 1998, acuñó la consigna "el otro campo", apelando a las diferencias entre los dos sectores.

Surgían nuevos movimientos sociales tales como las Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML), el Movimiento Campesino Santiagueño (MOCASE). Reaparecían y se fortalecían movimientos de campesinos que habían actuado en la década de los setenta, conocidos como Las Ligas Agrarias pero resignificando las demandas al nuevo contexto (por ej. el Movimiento Agrario Misionero). Los pueblos indígenas tuvieron una presencia desconocida anteriormente en nuestro país, apoyados por algunas comunas europeas y organizaciones ecologistas.

Dos tipos de protesta fueron relevantes en la década del noventa en el país interior: 1) los cortes de ruta en pequeños poblados y 2) la lucha por la tierra.

En 1996 se realizó el primer "corte de ruta" en la provincia sureña de Neuquén, localidades de Cutral Có y Plaza Huincul, lugar en que la empresa petrolera estatal había reducido su planta debido al proceso de privatizaciones. Los cortes de ruta de esta región se repitieron en 1997, cuando mataron a una joven de 24 años. Simultáneamente comenzaban los cortes de ruta en la provincia de Salta en las localidades de Tartagal y General Mosconi. Las luchas de estas últimas localidades tienen un sentido muy similar a las del Sur pero, a los desocupados, se les sumaban otros actores sociales: poblaciones indígenas, trabajadores

rurales, empleados estatales, etc. Asimismo, son mucho más extendidas en el tiempo. En efecto, hubo cortes de ruta en Salta en 1997, 1999, 2000, 2001 y 2002. Los desocupados reclamaban y obtenían (siempre menos de los que solicitaban) planes sociales de bajos montos con los que comenzaban proyectos de tipo productivos comunitarios, sin abandonar los cortes hasta el día de hoy.

La lucha por la tierra fue, a mi juicio, el segundo reclamo de gran significación en un país donde no se recordaba este tipo de reclamos desde hacía mucho años (la movilización importante de agricultores que se conoce como el "Grito de Alcorta" en 1912 o las demandas de algunas provincias en las luchas de las Ligas Agrarias en los primeros años de la década de 1970). Esta vez coincidieron reclamos de distintos actores ya que en esta Argentina agraria heterogénea, "la tierra" tiene un sentido polisémico que da lugar a reclamos y demandas diferentes. Así las poblaciones indígenas pidieron legislaciones de "reparación histórica" pues consideraban que ellos y la tierra se pertenecen mutuamente desde antes de la llegada de los españoles; los campesinos pidieron acceder a la tierra que ocupaban y trabajaban desde hacía años y que, repentinamente, fue descubierta por nuevos inversores y, por último, los "chacareros" ("farmers" en la bibliografía anglosajona) lucharon por no perderla pues la consideraban un patrimonio familiar. Las Mujeres Agropecuarias en Lucha llevaron a cabo desde 1995 intensas acciones para impedir los remates de tierras hipotecadas (véase Giarracca y Teubal, 2001).

En síntesis, la protesta de la década tiene como característica importante el peso de los actores del interior del país, sobre todo en aquellas regiones donde "el modelo" se sintió con mayor rigurosidad. Se luchó, básicamente, por el trabajo, por la tierra y por los planes sociales que paliaban la desocupación.

## **El fin del principio**

Este trabajo enuncia en su título que la protesta de la década “finaliza en un comienzo”, marcando de este modo el carácter de acontecimiento del 19 y 20 de diciembre del 2001. No podemos comprender lo que ocurrió en tal fecha si no tomamos en cuenta la década que la precedió, no obstante lo que aconteció en diciembre sólo guarda un “parecido de familia” con las protestas anteriores. Con esto queremos sostener que nada ni nadie podía predecir que tal acontecimiento pudiera suceder basándose en los sucesos y protestas de la década, aunque estas últimas configuraran condiciones de posibilidad para los eventos de diciembre.

Lo que sucedió el 19 y 20 de diciembre tiene un carácter singular que marca un quiebre, “un antes y un después”. Siguiendo el razonamiento que enunciamos en este trabajo, la rebelión de diciembre, a diferencia de las protestas descritas, no se presenta como una acción en el orden de lo particular, es decir, por reclamos defensivos de sectores particulares (desocupados, maestros, campesinos, etc) sino que se muestra como una acción de ciudadanos donde las identidades sociales quedan suspendidas y donde el reclamo se enmarca en el orden de la política. Se configura como una acción colectiva particular, que es la “desobediencia civil” (al “estado de sitio” aplicado por el gobierno) y por otro lado (o tal vez por ello mismo), abre un espacio en el que se produjo una falla en el sistema de representación. Aunque inmediatamente se intentó, por parte de la mayoría de los actores conocidos, reconstruir la inconsistencia, volver a la “representación”, el acontecimiento marca un antes y un después y muy poco podemos decir hoy acerca de sus consecuencias futuras.

El epicentro del fenómeno fue la ciudad capital y sus alrededores. El país interior se ubicó más como expectante que como activo miembro del acontecimiento. Si exceptuamos algunas capitales de provincia como Córdoba y Neuquén, pocas fueron las manifestaciones del interior o por lo menos no tuvieron la misma visibilidad y fuerza que las de la ciudad capital y Buenos Aires. El acontecimiento tiene carácter nacional, sin duda, por razones diferentes a las territoriales. La demanda "que se vayan todos, que no quede ni uno sólo", arriesgamos, tiene un sentido distinto para el centro del acontecimiento y para las "márgenes del castillo" (Colombo, A., 2002). Las redes de clientelismo con los punteros políticos, no sólo de intendentes y gobernadores sino de diputados provinciales y nacionales, así como la fuerte dependencia de la población a los planes sociales, en una sociedad, además, donde las relaciones "cara a cara" priman, el repudio directo a la clase política y al sistema de representación se complica. Aún así, sucedieron estallidos contra los dirigentes políticos como el "santiagueñazo" en 1993, y en esa misma semana de diciembre otros en varias ciudades. No obstante, el "que se vayan todos" comportó una acción colectiva que se mantiene aún hoy mediante asambleas y movimientos con propuestas en el orden de la política (que no significa, necesariamente, la compulsa electoral).

Se abre así un gran desafío para quienes seguimos las protestas del interior: abordar en qué medida y con qué sentidos, las provincias experimentaron esos acontecimientos. A nueve meses de los sucesos de Buenos Aires, las poblaciones de dos provincias del Norte (Tucumán y Jujuy) salieron en marchas multitudinarias bajo la emblemática consigna "que se vayan todos". Pero en el interior como en Buenos Aires, la crisis social se profundiza y las viejas protestas se multiplican aunque ahora coexisten con las asambleas barriales (que disminuyen en la ciudad capital pero aparecen nuevas en ciudades del interior), los movimientos

nacionales de piqueteros y las fábricas ocupadas, que son las nuevas expresiones pos-rebelión de diciembre de 2001.

### **Bibliografía citada**

Colombo, A. (2002, octubre) *Estas rebeliones*. [On line] Disponible [www.forodesobedienciacivil.com](http://www.forodesobedienciacivil.com)

Giarracca, N. y colab. (2001) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Giarracca, N. y Teubal, M. (2001). "El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha", en Giarracca, N. y colab. (2001) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Giarracca, N. y Del Pozo, N. (2002) "The Social protest for Water in Toucan". *Defend the Global Commons*, 1 (1).

Gonda, A. (2002) El Conflicto Social dentro del plan de convertibilidad. Argentina 1991-2001 *Informe de la Consultora de Investigaciones Sociales Independientes (CISI)*.

Teubal, M. y Rodríguez, J. (2002) *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena.

## **Algunos ejes teórico-metodológicos en el estudio del conflicto social**

Inés Izaguirre

Ubicaré contextualmente mi postura metodológica. La recuperación de niveles aceptables de tasas de ganancia y de acumulación en la economía capitalista mundial desde los años 80 (Dumenil y Levy, 2000) precedidos en varios países de América Latina por procesos de fuertes dictaduras militares, con el retroceso de los movimientos obreros y de izquierda, unido a la simultaneidad de la caída de varios regímenes socialistas, y de la penetración del capital en nuevos y vastos territorios (Astarita, 2001), configuran lo que podríamos llamar una nueva – y por lo tanto no conocida en todas sus dimensiones - etapa de expansión del capitalismo a nivel mundial, caracterizada por: el predominio del capital financiero especulativo sobre el capital productivo, por una magnitud de concentración y centralización históricamente inéditas de capital y de poder, la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo y el crecimiento de la superpoblación relativa a niveles desconocidos hasta ahora. Esto es sobre todo observable en Africa y América Latina. Definido así el contexto de nuestra problemática, sabemos que el incremento del conflicto social en el territorio latinoamericano desde mediados de los 90 tiene una base objetiva

### **La teoría de la lucha de clases**

El primer eje teórico sobre el que sitúo el análisis del conflicto social es la revalorización y desarrollo del cuerpo teórico del marxismo, por su capacidad explicativa del movimiento de la sociedad capitalista y

del conflicto como lugar de observación crítico. Esto exige hoy incorporar el conocimiento de los avances teórico-empíricos de otros campos del conocimiento y desarrollar la teoría de la lucha de clases, que tiene análisis importantes incluidos los de Marx (personalmente creo que el rigor y la claridad del análisis empírico del 18 Brumario no ha sido superado, máxime si se piensa que se trata de un proceso que se estaba estudiando al mismo tiempo que se desarrollaba), Engels, Lenin, y Gramsci, pero que permanecen todavía demasiado próximos a la materia investigada. Cuando hablamos de clases, no hacemos referencia a conjuntos clasificatorios de individuos que pueden agruparse estadísticamente a partir de un conjunto de variables (aproximación a clase en sí), sino a conjuntos humanos que, articulados en posiciones distintas en las relaciones de propiedad y en otros subsistemas vinculados, luchan entre sí y al interior de sí, entre fracciones, en función de intereses de todo tipo; se alían entre sí y con fracciones de otras clases. O sea que la confrontación siempre se da entre alianzas que constituyen fuerzas sociales; que esas alianzas producen alineamientos, construyen poder y permiten el proceso de toma de conciencia acerca de sí mismas y de sus antagonistas.

En síntesis, las clases se constituyen permanentemente en sus luchas, en sus confrontaciones, o como diría Marx, se hacen clases para sí. De allí que la teoría se llame de la lucha de clases, no de las clases, y que los análisis clásicos del marxismo siempre refieran a procesos concretos de lucha. Se trata de relaciones sociales que nos atraviesan absolutamente a todos, lo sepamos o no. (Marín, 1982). El estudio del movimiento, la lucha y la confrontación siempre ha sido complejo, porque la influencia positivista en ciencias sociales se ha expresado muchas veces como una contabilidad ahistórica de individuos, con la ventaja no menor de rechazar la enunciación ensayística de tales fenómenos pero con la desventaja de no profundizar en el conocimiento

del contenido concreto de las luchas, o sea en los intereses de los sujetos que confrontan. Dicha influencia tampoco ha sido neutra, al reproducir también criterios de legalidad, jerarquía y autoridad -como la de la Iglesia hace cinco siglos respecto de las ciencias de la naturaleza no humana, y como la de las fracciones financieras desde mediados de los 70, que requirieron de la derrota y la cooptación objetiva de las izquierdas y en general de las clases subordinadas de la sociedad. Esta situación se ha expresado en el campo político-académico de las ciencias sociales con diversas variantes de maccarthysmo, o sea con la desvalorización de los que se animaron a sostener otra mirada. Fue la consecuencia residual de una confrontación mundial que duró cuarenta y cinco años, la llamada guerra fría, en la que el marxismo sintetizaba conceptualmente la figura del enemigo para las burguesías trasnacionales, y que en Argentina produjo una verdadera guerra contrainsurgente con miles de muertos y desaparecidos.

### **Sociogénesis y psicogénesis**

El segundo eje que considero necesario proponer en la misma dirección del anterior, es la historicidad de los procesos sociales. A fuer de parecer una obviedad, se trata de una dimensión epistemológica del conocimiento de lo social y de su producción y reproducción. Supone distintos tipos de análisis: (1) la consideración de la estructura social objetiva y subjetiva que constituyó a las distintas fracciones sociales y a los sujetos que luchan hoy, y que pueden tener una inserción similar en la producción- incluso como población sobrante- pero comportarse de modos divergentes de difícil explicación; (2) el análisis histórico genético de esas subjetividades diferentes que hoy están en distintos estadios de constitución de su autonomía. Tratar de entender el momento social que atravesamos, implica conocer su génesis.

## **Conflicto y orden social**

El tercer eje que, teniendo en cuenta los anteriores, es esencial al análisis de la conflictividad social- mirado desde la perspectiva de las fracciones subordinadas- remite a su relación con el orden social dominante.

En una matriz encabezada por el tipo de fracciones en lucha, deberíamos distinguir entre (1) las luchas contra el despotismo de un régimen dominante o hegemónico, que limita, excluye, reprime, y en las que cada fracción busca en forma permanente crear las condiciones de igualdad en la toma de decisiones para todos y cada uno y que denominaremos luchas democráticas. Este es el contenido y la forma de las luchas de los movimientos sociales. (2) las luchas que buscan cambiar el orden social que produce y reproduce la desigualdad o sea cambiar las condiciones por las que una parte de la especie humana somete y expropia a la otra, a las que llamaremos luchas anticapitalistas, revolucionarias o socialistas. La complejización de esta matriz puede ser muy alta. Primero, cuando se combinan estos dos tipos de lucha con los tres ámbitos clásicos de las luchas de clases: económico, político y teórico-cultural-ideológico. Segundo, cuando hay divergencia entre las acciones objetivas y la subjetividad de quienes las llevan adelante, por ejemplo entre los grupos que llevan adelante un tipo de lucha democrática y la conciencia sobre sus acciones, que creen por ejemplo, estar haciendo la revolución. Esta contradicción produce confrontaciones que a veces son difíciles de explicar. Tenemos así una matriz de doce casilleros de tipos y ámbitos de las luchas de las fracciones subordinadas, en su dimensión objetiva y subjetiva, teniendo

en cuenta que un mismo proceso de lucha tiene necesariamente valores en cada uno de los casilleros.

MATRIZ DE TIPOS DE LUCHAS DE LAS FRACCIONES SUBORDINADAS Y SU RELACIÓN CON EL ORDEN SOCIAL DOMINANTE

Tipos de luchas	Luchas democráticas Por la igualdad en la toma de decisiones		Luchas socialistas Por el cambio del orden social que reproduce la desigualdad		
	Ambito de las luchas	Acciones objetivas	Representaciones Subjetivas	Acciones Objetivas	Representaciones Subjetivas
Lucha económica		<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>
Lucha Política		<b>5</b>	<b>6</b>	<b>7</b>	<b>8</b>
Lucha teórica, cultural, ideológica		<b>9</b>	<b>10</b>	<b>11</b>	<b>12</b>

Fuente: Elaboración propia.

Es importante advertir que para tener conciencia de la lucha por la igualdad es necesario que los hombres hayan incorporado las estructuras lógicas, epistemológicas y afectivas que hacen posible percibir a los otros como iguales. Este es el nivel en que se hacen visibles y posibles las relaciones de cooperación, en el marxismo y también en la epistemología genética. En este estadio sociogenético

comienza a ser posible concebir y objetivar las luchas como luchas de clases, y, a nivel del individuo, o sea en la psicogénesis, es posible el proceso de construcción del juicio moral. No de una moral heterónoma, de subordinación a la autoridad o de infantilización, sino de autonomía. (Marín, 1995). El juicio moral sólo es posible entre iguales, tal como el pensamiento crítico ( Piaget ,1984), teniendo en cuenta que se puede ser autónomo en la práctica, en las acciones, y heterónomo todavía en la conciencia de ellas.

### **El modelo de la guerra**

Un cuarto eje teórico-metodológico refiere a la necesidad de incorporar en el análisis del conflicto social, el modelo de la guerra entre fuerzas sociales, o sea entre alianzas sociales en pugna, que está en la base de la teoría de la lucha de clases. Esto es independiente de que las confrontaciones se produzcan con armas materiales o morales. Aclaro en este punto que las confrontaciones sociales nunca se dan entre sujetos "desarmados". Estoy hablando de un modelo epistemológico donde la confrontación es la condición necesaria para el aprendizaje de sí mismo y del otro, no sólo del enemigo sino también de los aliados, los pares, los iguales, o sea para la toma de conciencia. La negación del tema de la guerra es un obstáculo ideológico, no epistemológico: Piaget lo llamará ideas tenaces (1984). La guerra, devaluada ideológicamente y en la realidad, resulta algo malo para el sentido común dominante, por eso el poder se empeña en aparecer siempre como que lleva adelante la paz, mientras hace la guerra. (Marín, 1995; Izaguirre, 1995)

Una vez que uno se despoja de estos prejuicios descubre la enorme utilidad del modelo de la guerra en el análisis del conflicto social y de la lucha de clases. Descubre cuánto le aporta en la medición de esos fenómenos: quién inicia el conflicto, contra quién lo hace, con qué

instrumentos, con cuántos cuerpos, qué aliados gana o pierde, bajo qué consignas, en qué tiempo y lugar, y finalmente qué resultados objetivos logra y con qué discurso. Nos permite primero construir los datos, luego ordenarlos, periodizarlos y finalmente dibujar su trayectoria, es decir, descubrir la estrategia de los contendientes.

Esta confrontación, que es parte de la lucha de clases, no es la guerra de la que nos habla la burguesía. La guerra como actividad que precede y/o sigue a la política es un asunto entre iguales (Clausewitz, Foucault). En cambio, el enemigo de clase para la burguesía no es un igual. Tengo la impresión de que a partir del 11 de septiembre (2001) esta relación social entre desiguales se ha universalizado en el discurso del poder entre estados. Su precariedad conceptual es tal que corresponde a un estadio primitivo de pensamiento mágico, una lucha entre el Bien y el Mal absolutos.

Todo indica que el capitalismo ha iniciado su crisis global, pero eso no significa que vaya a estallar ni que desaparezca rápidamente, como prefiguran algunas imágenes del campo de la izquierda, construidas más desde el deseo que desde la razón. Nosotros no podemos darnos el lujo de retroceder en el conocimiento al estadio del pensamiento mágico. Más bien debemos prepararnos para una larga lucha, cuyo resultado no está garantizado.

### **Bibliografía citada**

Astarita, Rolando (noviembre 2001) Un análisis crítico sobre la tesis de las ondas largas. *Cuadernos del Sur*, 32.

Gerard, D. y Dominique Levy (1999) El capitalismo contemporáneo, el neoliberalismo. En *II Congreso Marx Internacional*, París, P.U.F.,

Izaguirre, Inés (1995) *Pensar la guerra. Obstáculos para la reflexión sobre los enfrentamientos en la Argentina de los 70*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Arte.

Marín, Juan Carlos (1982) *La noción de polaridad en los procesos de formación y realización de poder*. Buenos Aires: CICSO, serie Teoría 8.

Marín, Juan Carlos (1995) *Conversaciones sobre el poder*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani. Capítulos 1 y 4.

Marx, Karl (1867) *El Capital*. México: Siglo XXI, 1998- [tomo I, cap. 1 a 4].

Piaget, Jean (1984) *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Martínez Roca. cap. III.

Piaget, Jean y Rolando García (1984) *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México: Siglo XXI. [Prefacio, Introducción y cap. IX y X]

## **Modelo para armar: complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente**

Germán Pérez

Nos proponemos caracterizar a los principales actores del profundo ciclo de movilización social y participación política abierto en Argentina en los últimos años de la década del '90 que se acrecentó con los acontecimientos de diciembre de 2001. Partiremos de un diagnóstico de las transformaciones sociopolíticas y socioeconómicas operadas durante la década del '90, necesario para establecer el marco crítico dentro del cual el proceso se desencadena. Sugerimos pensar el fenómeno en los márgenes de una aparente paradoja: de un lado, la complejidad de los actores protagonistas en lo que hace a sus demandas, identidades y formas organizacionales, que dificulta pensarlos como un movimiento social en sentido tradicional, del otro, el profundo impacto político de sus intervenciones que han contribuido a cuestionar aspectos centrales del orden político como los modos de representación, los procesos de legitimación y la función del estado como agente de integración social.

Durante la década del '90 se consumó en la Argentina una profunda transformación, tanto del régimen social de acumulación (RSA) como del régimen político de gobierno (RPG), que impactó fuertemente sobre los soportes tradicionales de conformación de las identidades políticas. En el primer aspecto, la combinación entre desregulación desordenada y apertura indiscriminada de la economía nacional en condiciones de competitividad desfavorables, tuvo como consecuencia un cuadro de crecimiento exponencial del desempleo y precarización de las condiciones de trabajo sumado a una distribución fuertemente regresiva del ingreso. En este marco, dominado por el eufemismo de la "flexibilización laboral", fueron perdiendo consistencia social los

referentes funcionales de conformación de identidades políticas, vinculados a la inserción en la estructura laboral, que habían tenido una fuerte impronta en los procesos de constitución de la ciudadanía social en Argentina hasta mediados de los años ´70. La consecuente “explosión de lo social”, denominación asignada a una situación en la cual el mercado de trabajo, más o menos regulado por el estado, ya no opera la mediación entre el RSA y la estructura de oportunidades materiales y simbólicas de amplios sectores sociales, significó una profunda complejización del universo de los sectores populares en la forma de heterogeneización y precarización del empleo con la consecuente fragmentación de sus identidades y organizaciones tradicionales.

Por el lado del RPG, el modelo neopopulista se sostuvo en un sistema político dominado por un proceso de fuerte personalización de la representación que permitió al gobierno concentrar recursos para la toma de decisiones, al mismo tiempo que limitaba las posibilidades del subsistema de partidos para estructurar una representación política organizada sobre la base de clivajes ideológicos y propuestas programáticas. La crisis final de la Alianza, desnudó el fracaso de una elite política que había piloteado la transición democrática, pero se revelaba definitivamente incapaz, tanto de estructurar formas racionales y participativas de representación, como de garantizar la vigencia de los más mínimos controles republicanos en el funcionamiento del sistema político.

Con la precipitación de la inevitable crisis financiera del estado argentino a lo largo de 2001, que remató en la implantación de la restricción fiscal del acceso al dinero depositado en los bancos y la virtual confiscación de los mismos, curiosamente denominada “corralito financiero”; más la evidencia ya inocultable del crecimiento exponencial de la desocupación y el dramático deterioro de las condiciones de vida

de amplios sectores de la población, se rompe la ficción neoliberal del acceso al mercado como sustituto de un espacio público de reconocimiento social y constitución de ciudadanía. Este modelo de una ciudadanía de baja intensidad, configurada sobre la base de la doble interpelación como consumidor con diversos grados de acceso al mercado y cliente de empresas privadas monopólicas, liberadas de toda regulación y control estatal en la provisión de servicios públicos, se combinó durante buena parte de la década del '90 con una concepción delegativa de la democracia. Según esta concepción, la selección y legitimación de los liderazgos políticos se realizaba en función de la capacidad de las elites para mantener el estado de cosas, independientemente de la eventual clausura del espacio público como escenario de participación y control colectivo de la gestión de gobierno. La amenaza, estratégicamente reiterada, del retorno al descalabro hiperinflacionario -del mismo modo que había operado el fantasma del golpe institucional durante el primer tramo de la transición- contribuyó a sellar el pacto hobbesiano según el cual la seguridad pública frente a las remanidas figuras del terror sólo quedaba garantizada mediante la delegación de todo poder de decisión en el Ejecutivo. En definitiva, resultaba de esta trama una democracia defectuosa, sustentada en la capacidad de negociación directa de las elites con los grupos de interés más allá de cualquier instancia deliberativa o control republicano.

De esta suerte, el feroz desencadenamiento de la crisis a fines de 2001 enfrentó a amplios sectores de la sociedad argentina con la evidencia desesperada de la descomposición de los soportes de constitución de la ciudadanía en tres niveles concurrentes: en el plano de los derechos civiles, como consecuencia de la trasgresión de los controles republicanos operada por sucesivos gobiernos en su afán de aumentar sus prerrogativas y el manejo discrecional de la gestión pública, en el plano de los derechos políticos, por la aguda crisis de

representación de un sistema político fragmentado y atravesado por la puja de intereses sectoriales sin perspectivas programáticas ni posiciones ideológicas claras y, finalmente, en el plano de los derechos sociales, como resultado del desmantelamiento del estado asistencial y la destrucción del mercado laboral.

Ante este panorama, la prescripción constitucional según la cual el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de la intervención de sus representantes, fue ubicada por la dinámica del conflicto social posterior al 19 y 20 de diciembre en el centro de sus cuestionamientos. Precisamente el problema planteado por asambleas, piqueteros, ahorristas, etc., parece poder formularse del siguiente modo: ¿cómo pueden redefinirse las relaciones entre participación política ampliada, deliberación asamblearia, representación política y procesos de toma de decisiones frente al colapso del sistema político tradicional del cual la crisis de diciembre de 2001 fue su manifestación más profunda? Con diferentes modulaciones de acuerdo a la situación de oportunidades, posibilidades e intereses específicos de cada uno de los grupos, todos ellos expresan dramáticamente la *crisis de legitimidad*, esto es, la pérdida de validez intersubjetiva de las disposiciones que orientan la acción hacia la obediencia frente a un tipo de dominación política, de un sistema político altamente fragmentado y atravesado por la puja constante de facciones inestables.

### **Espacios de resistencia y nuevos actores sociales**

Ahora bien, la incorporación activa de los sectores medios urbanos a la protesta social a fines de diciembre de 2001, en la forma de diversos núcleos asamblearios, debe analizarse considerando el *espacio de resistencia* a las consecuencias de desafección social de las políticas de ajuste estructural inaugurado más de un lustro atrás por el

denominado *movimiento piquetero*. La lucha piquetera por el reconocimiento público de la figura del trabajador desocupado, en un primer momento estigmatizado como excluido del proceso de modernización por su incapacidad para reconvertirse o como mero apéndice de redes clientelares corruptas, abrió un espacio de resistencia y politización del conflicto social que durante la primera parte de los noventa permanecía sepultado bajo una concepción de la política como mera administración de las cosas, combinada con la obscenidad de un discurso político travestido con lo más vulgar de los lenguajes mediáticos. Además, la experiencia piquetera produjo una profunda *reterritorialización del conflicto social* generando complejas redes de sociabilidad al nivel del barrio o la pequeña ciudad, en un contexto donde la desindustrialización, la transferencia del gasto público a provincias quebradas y las privatizaciones de los servicios públicos habían dejado en una situación de desprotección extrema a amplias franjas de los sectores populares. También la gestión participativa, horizontal y deliberativa de la toma de decisiones, el modelo asambleario que parece recorrer todas las manifestaciones de nuevos actores políticos posteriores a la crisis de diciembre, tuvo sus primeras manifestaciones en las distintas organizaciones de desocupados. Por último, y acaso más importante, la prédica piquetera reinstaló la cuestión de la responsabilidad del estado como garante de la equidad indispensable para el ejercicio efectivo de la ciudadanía.

De modo que la masiva resistencia civil expresada el 19 y 20 de diciembre, insistimos, protagonizada fundamentalmente por sectores medios urbanos, contaba ya con un espacio de resistencia inaugurado por los más perjudicados por las políticas de ajuste, y respecto del cual cada nuevo actor político tendría que posicionarse. Si bien las consecuencias de desafiliación social provocadas por el régimen de acumulación ya eran evidentes mucho antes de la llegada de la Alianza

al gobierno, el fracaso de la coalición precipitó la crisis del RPG que, más allá del disparador que sin duda significó la confiscación de los depósitos bancarios, constituyó el blanco de las críticas furiosas de los *caceroleros* y perdura hoy como núcleo duro de demandas en lo que queda de las asambleas populares. La clave del cuestionamiento al RPG se manifestó en la forma de una crítica profunda a la representación política expresada en la consigna que aun sustenta al complejo entramado de actores protagonistas de la movilización social: “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”.

Así como el movimiento de trabajadores desocupados reconoce importantes y complejas divergencias internas: corrientes orientadas a una sindicalización democrática que incluya a los trabajadores desocupados, otras de corte autonomista concentradas en la producción de redes solidarias territoriales independientes del estado, aquellas que asignan al movimiento el carácter de vanguardia de una lucha de clase planteada en términos tradicionales; también los cuestionamientos a la representación política por parte de las asambleas post 19 y 20 manifiestan distintas vertientes no necesariamente concurrentes.

Tenemos, por un lado, las asambleas, en general autodenominadas *populares*, que se plantean el problema de la organización de un colectivo *multiclasista* cuyas diferencias deben ser abolidas en función de hacerlo coextensivo a una representación del pueblo como “unidad de los intereses en lucha”. Tanto la búsqueda de la unanimidad como horizonte normativo de la deliberación, como la estrategia de multiplicación de los ámbitos de reunión más allá de las pertenencias territoriales y las diferencias de clase, hacen de la participación en la asamblea popular una experiencia movimientista orientada a converger en un polo de poder que encarne “las aspiraciones del pueblo (en serio, y no en papeles)”. El cuestionamiento a la representación política conlleva en este caso el rechazo del propio

sistema que la hace posible: la democracia representativa según la ha pensado la tradición del pensamiento liberal moderno.

La impugnación del principio representativo según el cual los gobernantes conservan cierto margen de independencia respecto de los gobernados, por parte de las asambleas populares, tiende a clausurar la diferencia entre decisión pública y voluntad general que fue ampliamente reconocida como la principal virtud del gobierno representativo. Más o menos situacionistas o autonomistas, se siguen de estas resistencias a la representación política modelos de gestión de la cosa pública próximos al *ideal de un autogobierno plebiscitario* que sólo sería posible, y aquí radica buena parte de las preocupaciones de este modelo asambleario por coordinar los intereses multclasistas, en la medida que tales intereses resulten transparentes para el colectivo. Ese momento de la pura transparencia es también el momento en el cual el pueblo asiste a su propia autorrepresentación como colectivo indivisible y, consecuentemente, absolutamente soberano. Es decir, si la voluntad general fuera plenamente conmensurable la representación política sería un mero defecto a ser erradicado por el pueblo encarnado en la unidad de sus intereses.

Ahora bien, es precisamente contra esta ficción de una plena autorrepresentación de la voluntad general contra la que se erige la compleja maquinaria del gobierno representativo. Lo que la representación política erradica es la posibilidad de que un colectivo específico, un nosotros definido por intereses, demandas o identidades compartidas, se identifique con la voluntad general que, en tanto colectivo indivisible, debe resultar siempre últimamente irrepresentable. El gobierno representativo, manteniendo la brecha entre representantes y representados, garantiza la lógica proliferante de la homonimia política por la cual el desajuste entre las palabras políticas y los colectivos, derechos e intereses que designan, induce a la deliberación constante

entre actores igualmente capaces de acción y de discurso. Justamente porque la representación mantiene la distancia, no ya entre representante y representado, sino, y aún más importante, entre lo representable y lo representado, es que toda representación, siempre frágil e inestable, requiere de la deliberación para estabilizarse.

De todos modos, claro está que no todos los procedimientos de representación dan lo mismo. Justamente, buena parte de la convulsión política que condujo al surgimiento de las asambleas puede interpretarse como el rechazo tardío a una forma personalista de concebir la representación según la cual la intervención del representado se limita no ya a la formación de consensos sociales ampliados, sino al mero consentimiento electoral prestado a figuras plenipotenciarias que, por el sólo hecho de triunfar en la competencia electoral, se consideraban inmunes a las demandas sociales. Desde este punto de vista, y esto es lo que parece suceder con la otra orientación de las asambleas, en general autodenominadas *vecinales*, lo que aparece son nuevas formas de participación política locales y autónomas del control de los representantes que transforman el mero derecho de libre expresión en el ejercicio organizado de petición y resistencia frente a las autoridades públicas. Aquí la demanda se orienta más a discutir las posibles rearticulaciones de la relación entre electores y elegidos, aboliendo los privilegios y generando formas más racionales y participativas de representación y control ciudadano, que al cuestionamiento de la representación en tanto tal. El gobierno representativo aparece para estos actores como un marco para desarrollar actividades autogestionarias y locales, que debe ser reformulado en la dirección de *un republicanismo deliberativo*, donde la gestión de la cosa pública no se restrinja a la manipulación de las elites amparadas en la razón de estado, sino que incorpore efectivamente instancias colectivas de participación deliberativa y control ciudadano. El

propio estado, estigmatizado por su carácter de instrumento privilegiado de la dominación capitalista según la primera concepción, aparece en la cosmovisión de las asambleas autodenominadas *vecinales* como un conjunto de instituciones públicas que deben ser reapropiadas por los ciudadanos sustrayéndolas del control de las elites corruptas.

### **A modo de conclusión**

Como se verá, las orientaciones son conflictivas y, consecuentemente, las perspectivas resultan intrigantes y abiertas. Sin embargo, una conclusión se impone aún asumiendo las perplejidades de la hora. Lo que estamos presenciando, y que debemos celebrar más allá de la complejidad que el fenómeno presenta en cada una de sus manifestaciones, es la acelerada recomposición del poder humano tal como Hannah Arendt nos enseñó a pensarlo: como la revelación de un espacio público entendido como un mundo común que surge entre nosotros, invitándonos a coordinar acciones ante la evidencia gozosa de la pluralidad humana. En este sentido vale recordar que la deliberación no constituye una actividad desinteresada y orientada originalmente a una verdad que subtiende o trasciende al propio momento del encuentro en el espacio público, sino una práctica configurativa a través de la cual el mundo adviene como realidad compartida. Sólo persistiendo en esa tensión entre intereses comunes y pluralidad de los puntos de vista, será posible que los nuevos actores que inspiran estas reflexiones conserven y multipliquen el poder que han sabido reivindicar.

## Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1999) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.

Castell, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social* (2002), Buenos Aires: Ediciones De mano en mano [Colectivo Situaciones]

Derrida, Jacques (1997) *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"*. Madrid: Tecnos.

Held, David (1992) *Modelos de democracia*. México: Alianza.

Manin, Bernard (1995) La democracia de los modernos. Los principios del gobierno representativo. *Sociedad* 6, 13-38.

Nun, José (1989) *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*. Buenos Aires: Nueva Visión.

O'Donnell, Guillermo (1991) ¿Democracia delegativa?. *Novos Estudos* 31.

Pérez, Germán J., Armelino, Martín, Rossi, Federico (2002, noviembre) Modelos de asamblea: entre el autogobierno y la representación. En Facultad de Ciencias Sociales, *V Jornadas de Sociología*.

Pérez Germán J. (2002, septiembre) Fantasma en la máquina: identidades colectivas y performatividad política de las protestas de desocupados. *Entrepasados* 22.

Pérez, Germán J. (2001, noviembre) Pálido Fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas. Apuntes sobre los piqueteros en Argentina. En, *XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología*, Antigua, Guatemala.

Rancière, Jacques (1996) *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Weber, Max (1987) *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.